Coraline
Neil Gaiman

El día después de que se mudaran, Coraline se fue a explorar… Cuando Coraline atraviesa una de las puertas de la casa nueva de su familia, se encuentra que hay otra casa extrañamente similar a la suya (aunque la nueva sea, definitivamente, mejor). Al principio, todo parece maravilloso: la comida es más sabrosa que la de casa y el cajón de los juguetes está repleto de angelitos de papel que vuelan solos y de calaveras de dinosaurios que parecen vivas y se arrastran haciendo castañetear los dientes. Pero resulta que hay otra madre que vive ahí, y otro padre, y quieren que Coraline se quede con ellos y se convierta en su pequeña. Quieren cambiarla y no dejarla ir jamás. Coraline tendrá que enfrentarse a ellos con todo su ingenio y las herramientas que encuentre, si es que ha de conseguir salvarse y volver a su vida normal.

Neil Gaiman

Coraline

ePub r2.6
Titivillus 28.01.18

Título original: *Coraline*
Neil Gaiman, 2002
Traducción: Raquel Vázquez Ramil
Ilustraciones: Dave McKean

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Lisirien, Khrizwar, Freya
ePub base r1.2

Empecé este libro para Holly,
lo terminé para Maddy.

Los cuentos de hadas superan la realidad no porque nos digan que los dragones existen, sino porque nos dicen que pueden ser vencidos.

G. K. CHESTERTON

1

Coraline descubrió la puerta al poco tiempo de mudarse de casa.

El edificio era muy antiguo: tenía un desván debajo del tejado, un sótano al que se accedía desde la planta baja y un jardín cubierto de vegetación lleno de viejos árboles de gran tamaño.

La familia de Coraline no ocupaba toda la casa, que era demasiado grande. Ocupaba sólo una parte.

En la vieja mansión vivían otras personas.

La señorita Spink y la señorita Forcible vivían debajo de Coraline, en el primer piso. Eran dos ancianas regordetas que compartían su vivienda con un montón de viejos terriers escoceses que tenían nombres como *Hamish*, *Andrew* o *Jock*. Ambas habían sido actrices, como le contó la señorita Spink a Coraline cuando se conocieron.

—Ya ves, Caroline —dijo la señorita Spink, confundiendo el nombre de Coraline—. En nuestra época, la señorita Forcible y yo fuimos actrices famosas. Nos pateamos todos los escenarios, cielo. Oh, no dejes que *Hamish* coma pastel de frutas o se pasará toda la noche despierto por culpa del estómago.

—Me llamo Coraline, no Caroline. Coraline —la corrigió la niña.

Encima del piso de Coraline, en el tercero, bajo el tejado, vivía un anciano excéntrico que tenía un gran bigote. Le contó a Coraline que estaba adiestrando ratones para un circo. No permitía que nadie los viera.

—Un día, mi pequeña Caroline, cuando estén preparados, el mundo entero admirará los prodigios de mi circo de ratones. Me has preguntado por qué no puedes verlos ahora. ¿No es eso lo que me has dicho?

—No —respondió Coraline con paciencia—. Le he dicho que no me llame Caroline. Me llamo Coraline.

—La razón de que no puedas ver el circo de ratones —le explicó el hombre del piso de arriba— es que aún no están listos, necesitan más ensayos. Además, se niegan a interpretar las canciones que les he compuesto. Todas las canciones que he escrito para los ratones son graves, del tipo «umpa, umpa»; pero los ratones blancos sólo tocan cosas aflautadas, algo así como «tururuu». Voy a probar con diferentes tipos de quesos.

Coraline no creyó que existiera el circo de ratones. Pensó que, probablemente, se trataba de una invención del anciano.

Al día siguiente de cambiarse de casa, Coraline fue a explorar.

Recorrió el jardín, que era grande. Al fondo había una antigua cancha de tenis, pero en la casa nadie practicaba ese deporte: la valla que rodeaba la pista tenía agujeros, y la red estaba totalmente deshecha. Había una vieja rosaleda llena de rosales enanos consumidos por los insectos; un jardincito rocoso que era todo piedras, y un corro de brujas, es decir, un grupo de húmedos hongos venenosos de color marrón que olían fatal si se pisaban accidentalmente.

También había un pozo. Al día siguiente de que la familia de Coraline llegase a la casa, la señorita Spink y la señorita Forcible advirtieron a la niña con gran insistencia de lo peligroso que era, y le aconsejaron que no se acercase a él. Por eso Coraline decidió investigar, para saber dónde estaba el pozo y mantenerse después a distancia prudencial.

Lo encontró al tercer día, en un prado lleno de matas que había junto a la cancha de tenis, detrás de una arboleda. Era un círculo de ladrillos de poca altura, semioculto entre las altas hierbas. Para que nadie se cayese dentro, el pozo tenía una tapa de tablas de madera. En una había un agujerito, y Coraline se pasó toda una tarde lanzando piedrecitas y bellotas por allí, y esperando a oír el «plof» que hacían al hundirse en el agua, muy abajo.

Coraline buscó también animales. Encontró un erizo, la piel de una serpiente (pero no a su dueña), una piedra que parecía una rana y un sapo que parecía una piedra.

Había además un altivo gato negro que se sentaba en los muros y en los troncos de los árboles y la observaba, pero cuando se acercaba para jugar

con él, escapaba.

Y así pasó las dos primeras semanas en la casa: explorando el jardín y los alrededores.

Su madre la llamaba para comer y cenar. Coraline tenía que abrigarse bien antes de volver a salir, porque el verano estaba resultando muy fresco. Salía todos los días a explorar, hasta que comenzó a llover y tuvo que quedarse en casa.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó Coraline.

—Lee un libro —respondió su madre—. Pon una cinta de vídeo. Juega con tus juguetes. Vete a dar la lata a la señorita Spink o a la señorita Forcible, o al viejo loco del piso de arriba.

—No —replicó la niña—. No quiero hacer eso, lo que yo quiero es explorar.

—No me importa lo que hagas —comentó su madre—, mientras no te metas en líos.

Coraline se asomó a la ventana y contempló la lluvia. No era de ese tipo de lluvia que permite salir y caminar, era muy diferente, de la que cae a chorros del cielo y se aplasta contra la tierra. Era una lluvia implacable que en aquel momento estaba convirtiendo el jardín en un espeso lodazal.

Coraline había visto todos los vídeos, se aburría con sus juguetes y ya había leído todos sus libros.

Encendió el televisor y puso varios canales, pero sólo había programas de opinión y hombres trajeados que hablaban del mercado de valores. Luego por fin encontró algo interesante: era la segunda parte de un documental que trataba de la coloración protectora. Vio animales, pájaros e insectos que se disfrazaban de hojas, de ramitas o de otros animales para protegerse de elementos dañinos. Le gustó mucho, pero acabó enseguida, y a continuación había un programa sobre una fábrica de pasteles.

Era hora de que hablara con su padre.

El padre de Coraline estaba en casa. Sus padres trabajaban con ordenadores, de modo que pasaban mucho tiempo en casa. Cada uno tenía su propio despacho.

—Hola, Coraline —la saludó su padre cuando entró, sin darse la vuelta.

—Hum —repuso la niña—. Está lloviendo.

—¿Lloviendo? —replicó su padre—. Está diluviando.

—No —lo corrigió Coraline—. Sólo está lloviendo. ¿Puedo salir?

—¿Qué ha dicho tu madre?

—Ha dicho: «No vas a salir con este tiempo, Coraline Jones».

—Pues ya lo sabes.

—Pero yo quiero seguir explorando.

—Entonces explora el piso —sugirió su padre—. Mira, aquí tienes una hoja y un lápiz. Cuenta todas las puertas y ventanas. Apunta qué cosas hay de color azul. Organiza una expedición para descubrir el termo de agua caliente. Y déjame trabajar en paz.

—¿Puedo ir al salón?

La familia Jones tenía los muebles más caros (e incómodos) en el salón. Se los había dejado la abuela de Coraline al morir. A Coraline no le permitían entrar allí. En realidad, nadie iba al salón. Estaba de exposición.

—Con la condición de que no hagas un estropicio. Y no toques nada.

Coraline lo pensó detenidamente y luego tomó el lápiz y el papel y se dedicó a explorar su casa.

Encontró el termo de agua caliente, que estaba dentro de un armario de la cocina.

Contó todas las cosas de color azul: ciento cincuenta y tres.

Contó las ventanas: veintiuna.

Contó las puertas: catorce.

De las puertas que vio, trece abrían y cerraban normalmente. La otra (una gran puerta de madera tallada de color castaño, que estaba en un rincón del salón) estaba cerrada con llave.

Entonces le preguntó a su madre:

—¿Adónde conduce esa puerta?

—A ningún sitio, cariño.

—Tiene que llevar a alguna parte.

Su madre negó con la cabeza.

—Ya verás —le dijo a Coraline.

Se estiró y tomó un manojo de llaves que estaban sobre el marco de la puerta de la cocina. Las ordenó con cuidado y eligió la más vieja, la llave

más grande, la más renegrida y oxidada. Se dirigieron al salón y la madre la introdujo en la cerradura de la puerta, que enseguida se abrió.

La madre de Coraline tenía razón: no conducía a ninguna parte. Daba a una pared de ladrillos.

—Cuando en esta casa había sólo una vivienda —explicó la mujer—, la puerta llevaba a algún lugar. Pero cuando la dividieron en pisos, decidieron tapiarla con ladrillos. Al otro lado hay un piso vacío, en el extremo opuesto de la casa, que está en venta.

Cerró la puerta y volvió a dejar las llaves en su sitio.

—No la has cerrado con llave —observó Coraline.

La madre se encogió de hombros.

—¿Y para qué iba a hacerlo? No va a ningún lado.

Coraline no dijo nada.

Fuera había oscurecido y la lluvia seguía cayendo: tamborileaba sobre las ventanas y empañaba los faros de los coches que circulaban por la calle.

El padre de Coraline acabó su trabajo y preparó la cena.

A Coraline no le gustó nada.

—Papá —se quejó—, has vuelto a hacer una de tus recetas.

—Es un guiso de patatas y puerros aderezado con estragón y queso gruyer fundido —confesó.

Coraline suspiró. Luego se dirigió al congelador y sacó patatas fritas precocinadas y una minipizza para hornear en el microondas.

—Sabes muy bien que no me gustan esas recetas —le dijo a su padre mientras la cena giraba y los numeritos rojos del microondas descendían hasta el cero.

—Si las probases, a lo mejor te gustarían —sugirió él, pero la niña hizo un gesto negativo.

Aquella noche Coraline permaneció mucho tiempo despierta. Había dejado de llover, pero, cuando estaba a punto de dormirse, percibió algo que hacía «t-t-t-t». Entonces se incorporó.

Había algo que hacía «cric»…

… «crac».

Coraline saltó de la cama y miró hacia el vestíbulo, aunque no vio nada raro. A continuación fue hasta allí. Del dormitorio de sus padres salían unos

ronquidos profundos (su padre) y un murmullo soñoliento e irregular (su madre).

Coraline se preguntó si habría oído los ruidos en sueños.

Pero entonces algo se movió.

Era una sombra difusa que se deslizó rápidamente por el oscuro vestíbulo, como si fuera un pedacito de noche.

Confió en que no se tratase de una araña. A Coraline le ponían muy nerviosa las arañas.

La negra figura entró en el salón, y Coraline la siguió con cierta inquietud.

La habitación estaba en penumbra. La única luz procedía del vestíbulo, y Coraline, de pie en la puerta, proyectaba una gran sombra deforme sobre la alfombra del salón: parecía una mujer flaca y gigantesca.

Coraline se debatía entre encender o no las luces cuando vio que la negra figura salía lentamente de debajo del sofá.

Se detuvo y después atravesó la alfombra en silencio hasta llegar al último rincón de la sala.

En esa esquina no había muebles.

Coraline encendió la luz.

En el rincón no había nada. Sólo la vieja puerta que daba a la pared de ladrillos.

Estaba segura de que su madre la había cerrado, y, sin embargo, parecía entornada, un poquito abierta. Coraline se acercó y miró hacia el interior: no había nada, únicamente una pared de ladrillos rojos.

Por tanto, Coraline cerró la vieja puerta de madera, apagó la luz y se fue a la cama.

Soñó con figuras negras que se deslizaban de un sitio a otro, esquivando la luz, para reunirse bajo la luna. Figuritas negras con ojitos rojos y afilados dientes amarillos.

Figuritas que empezaban a cantar:

Somos pequeñas pero somos muchas,
somos muchas y somos pequeñas,
estábamos aquí antes de que llegaras,
seguiremos aquí cuando te caigas.

Las voces eran agudas y formaban un rumor levemente quejumbroso. A Coraline la pusieron nerviosa.

Luego Coraline soñó con unos anuncios, y más tarde dejó de soñar.

2

Al día siguiente había dejado de llover, pero una densa niebla blanca envolvía la casa.

—Voy a dar una vuelta —dijo Coraline.

—No te alejes demasiado —le ordenó su madre—. Y abrígate bien.

Coraline se puso un abrigo azul con capucha, una bufanda roja y unas botas de agua amarillas, y salió.

La señorita Spink estaba paseando a los perros.

—Hola, Caroline —la saludó—. ¡Qué asco de tiempo!

—Sí —coincidió Coraline.

—Yo representé el papel de Porcia una vez —comentó la señorita Spink —. La señorita Forcible habla mucho de su interpretación de Ofelia, pero mi Porcia entusiasmaba al público. Cuando nos pateábamos los escenarios, claro.

La señorita Spink estaba envuelta en jerséis y chaquetas de lana, de forma que parecía más pequeña y redonda que de costumbre. Era como un gran huevo lanudo. Llevaba gafas de cristales gruesos que le agrandaban mucho los ojos.

—Solían mandarme flores al camerino. Montones de flores —afirmó.

—¿Quiénes? —le preguntó Coraline.

La señorita Spink miró a su alrededor con cautela: primero sobre un hombro y luego sobre el otro, escudriñando la niebla como si pensase que alguien podía estar escuchando.

—Los hombres —susurró. A continuación, tiró de los perros, que la siguieron obedientes, y se dirigió hacia la casa caminando como un pato.

Coraline continuó su paseo.

Había recorrido las tres cuartas partes del camino que rodeaba la casa cuando vio a la señorita Forcible en la puerta del piso que compartía con la señorita Spink.

—¿Has visto a la señorita Spink, Caroline?

Coraline le dijo que sí y que estaba dando una vuelta con los perros.

—Espero que no se pierda… o se le agravará el herpes —comentó la señorita Forcible—. Hay que ser un verdadero explorador para no extraviarse con esta niebla.

—Yo soy una exploradora —aseguró Coraline.

—Claro que sí, bonita —respondió la señorita Forcible—. Pero procura no desviarte.

Coraline siguió paseando por el jardín envuelto en una bruma gris, sin perder de vista la casa. Tras caminar durante diez minutos, se encontró de nuevo en el punto de partida.

El pelo le caía lacio y húmedo sobre los ojos, y notaba la cara mojada.

—¡Eh, Caroline! —El viejo loco del piso de arriba reclamó su atención.

—¡Ah, hola! —lo saludó Coraline.

La bruma apenas le permitía distinguir al anciano.

El hombre empezó a bajar las escaleras exteriores de la casa, que pasaban por delante de la puerta principal del piso de Coraline y llegaban hasta el ático. El viejo bajaba muy lentamente, y Coraline lo esperó al pie de la escalera.

—A los ratones no les gusta la niebla —le informó— porque se les tuercen los bigotes.

—A mí tampoco me gusta mucho —reconoció Coraline.

El anciano se inclinó y se acercó tanto a ella que los extremos de su bigote hacían cosquillas a Coraline en la oreja.

—Los ratones me han dado un mensaje para ti —murmuró. La niña se quedó sin habla—. El mensaje es el siguiente: «No cruces la puerta». —Hizo una pausa—. ¿Le encuentras algún significado?

—No —respondió Coraline.

El viejo se encogió de hombros.

—La verdad es que los ratones resultan divertidos. Se equivocan y confunden las cosas. Por ejemplo, no pronuncian bien tu nombre. Se

empeñan en llamarte Coraline, no Caroline. No quieren saber nada de Caroline.

Entonces tomó una botella de leche que estaba junto a la escalera y comenzó a subir lentamente hasta su piso.

Coraline entró en su casa. Su madre estaba trabajando en su despacho, que olía a flores.

—¿Qué hago? —le preguntó Coraline.

—¿Cuándo empiezas el colegio? —se interesó su madre.

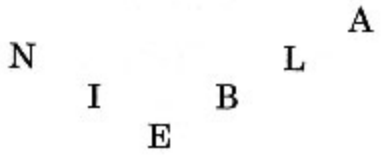
—La semana que viene.

—¡Vaya! —exclamó la mujer—. Tendré que ocuparme de tu nuevo uniforme. Recuérdamelo, cariño, si no, se me olvida. —Y continuó pasando textos al ordenador.

—Bueno, pero ¿qué hago ahora? —insistió Coraline.

—Dibuja algo —su madre le dio una hoja de papel y un bolígrafo.

Coraline intentó dibujar la niebla. Pero tras diez minutos de esfuerzos sólo tenía la hoja en blanco con la palabra



escrita en una punta con letras un tanto mareantes. Soltó un gruñido y le entregó la hoja a su madre.

—Hum. Muy moderno, cielo —le comentó.

Luego Coraline se escabulló y fue al salón. Intentó abrir la vieja puerta del rincón, pero volvía a estar cerrada con llave. Supuso que su madre la había cerrado, y se encogió de hombros.

Entonces se dirigió a ver a su padre. Cuando trabajaba con el ordenador, su padre se sentaba de espaldas a la puerta.

—Lárgate —le dijo en tono desenfadado cuando la oyó entrar.

—Me aburro —se quejó ella.

—Pues aprende a bailar claqué —le aconsejó sin girarse.

Coraline hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Por qué no juegas conmigo? —le preguntó.

—Estoy ocupado. Trabajando —añadió. Aún no se había tomado la molestia de volverse a mirarla—. ¿Por qué no vas a incordiar a la señorita Spink y a la señorita Forcible?

Coraline se puso el abrigo y la capucha y salió de casa. Bajó las escaleras y llamó al timbre de las señoritas Spink y Forcible. Coraline oyó los ladridos frenéticos de los terriers escoceses, que acudían corriendo al vestíbulo. Pasados unos instantes, la señorita Spink abrió la puerta.

—Oh, eres tú, Caroline —dijo—. *Angus*, *Hamish*, *Bruce*, quietos, pequeñines. Es Caroline. Entra, cariño. ¿Te apetece una taza de té?

La casa olía a cera de lustrar muebles y a perro.

—Sí, por favor —respondió Coraline.

La señorita Spink la condujo a una pequeña habitación llena de polvo a la que llamaba «la salita». En las paredes había fotografías en blanco y negro de hermosas mujeres y programas de teatro enmarcados. La señorita Forcible estaba sentada en un sillón haciendo calceta con gran destreza.

Le sirvieron el té en una tacita de delicada porcelana rosa, sobre un platito, y le ofrecieron una galleta con pasas reseca.

La señorita Forcible miró a la señorita Spink, retomó su calceta y exhaló un profundo suspiro.

—De todas formas, April, como te estaba diciendo, has de reconocer que el perro viejo aún tiene mucha vida por delante.

—Miriam, querida, ya no somos tan jóvenes como antes.

—Madame Arcati —respondió la señorita Forcible—, la nodriza de *Romeo y Julieta*, lady Bracknell. Papeles secundarios… No pueden apartarte de las tablas.

—Ahora, Miriam, sí que estamos de acuerdo —afirmó la señorita Spink.

Coraline se preguntó si se habrían olvidado de ella. Lo que decían le parecía absurdo, pero pensó que estarían inmersas en una discusión trasnochada y mil veces repetida, cómoda como un viejo sillón, de esas discusiones que ni se ganan ni se pierden, y que pueden durar eternamente si así lo desean ambas partes.

Tomó el té a sorbitos.

—Si quieres, te leo las hojas —le dijo la señorita Spink a Coraline.

—¿Cómo dice? —replicó ésta.

—Las hojas de té, querida. Puedo leer tu futuro en ellas.

Coraline le dio la taza a la señorita Spink, que miró muy de cerca, con gesto de miope, las negras hojas de té que habían quedado en el fondo. Luego frunció los labios.

—Bueno, Caroline —dijo tras una pausa—. Te acecha un terrible peligro.

La señorita Forcible pegó un bufido y dejó a un lado la calceta.

—No seas tonta, April. Deja de asustar a la niña. Estás perdiendo vista. Pásame la taza, pequeña.

Coraline le llevó la taza a la señorita Forcible, que contempló el interior con detenimiento, sacudió la cabeza y volvió a mirar.

—¡Oh, querida! —exclamó—. Tenías razón, April. Se encuentra en peligro.

—¿Lo ves, Miriam? —señaló la señorita Spink en tono triunfante—. Mi vista sigue siendo tan buena como siempre…

—¿Por qué estoy en peligro? —preguntó Coraline.

La señorita Spink y la señorita Forcible la observaron con gesto inexpresivo.

—No sabría decirte —respondió la señorita Spink—. Las hojas de té no indican esas cosas, no son exactas. Resultan apropiadas para cuestiones generales, pero no para preguntas concretas.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —quiso saber Coraline, que comenzaba a sentirse ligeramente asustada.

—No lleves nada verde en el camerino —sugirió la señorita Spink.

—Ni hables de Macbeth, que es gafe —añadió la señorita Forcible.

Coraline se preguntó por qué había tan pocos adultos normales. A veces tenía la impresión de que las personas mayores no sabían con quién estaban hablando.

—Y ten mucho, mucho cuidado —apostilló la señorita Spink, que se levantó del sillón y se dirigió a la chimenea, sobre cuya repisa había un tarrito.

Lo destapó y empezó a sacar cosas del interior: un diminuto pato de porcelana, un dedal, una extraña monedita de latón, dos sujetapapeles y una piedra con un agujero en el medio.

Le entregó a Coraline la piedra agujereada.

—¿Para qué sirve? —preguntó Coraline.

El agujero se encontraba en el centro de la piedra. La niña la alzó a la altura de la ventana y miró a través de él.

—Podría resultar útil —explicó la señorita Spink—. A veces esas piedras son buenas frente a las adversidades.

Coraline se puso el abrigo, se despidió de la señorita Spink, la señorita Forcible y los perros, y salió afuera.

La niebla se cernía como la ceguera en torno a la casa. Subió lentamente las escaleras que conducían a su piso, y luego se detuvo y miró a su alrededor.

En la niebla había un mundo poblado de fantasmas. ¿Estaría allí el peligro?, se preguntó Coraline para sus adentros. Parecía emocionante, no algo malo, sino todo lo contrario.

La niña continuó subiendo. Su mano aferraba la piedra que le habían regalado.

3

Al día siguiente salió el sol, y la madre de Coraline la llevó a la ciudad más próxima para comprar la ropa escolar. Dejaron al padre en la estación de ferrocarril: ese día iba a Londres a visitar a algunas personas.

Coraline se despidió de él agitando una mano.

Luego su madre y ella se dirigieron a unos grandes almacenes.

Coraline vio unos guantes verdes fosforescentes que le encantaron. Su madre se negó a comprárselos, y eligió, en cambio, calcetines blancos, pantalones cortos de color azul marino, cuatro camisas grises y una falda gris oscura.

—Mamá, en el colegio todo el mundo lleva camisas grises y cosas de ésas, pero nadie tiene guantes verdes. Sería la única.

Su madre no le hizo caso. Estaba hablando con la dependienta: comentaban qué tipo de suéter le iría mejor a Coraline, y ambas coincidieron en que el más apropiado era uno excesivamente largo y holgado, para que le sirviera a medida que iba creciendo.

Coraline se dedicó a pasear y a contemplar unas botas de agua que tenían forma de rana, pato y conejito.

Después volvió.

—¿Coraline? Ah, aquí estás. ¿Dónde diablos te habías metido?

—Me habían secuestrado unos extraterrestres —respondió Coraline—. Venían del espacio exterior con pistolas que lanzaban rayos, pero yo los he engañado poniéndome una peluca y hablando con acento extranjero, y he escapado.

—Sí, cariño. Creo que no te vendrían mal unas cuantas pinzas para el pelo, ¿no te parece?

—No.

—Bueno, nos llevaremos media docena por si acaso —dijo su madre.

Coraline no contestó.

Cuando regresaban a casa en el coche, Coraline preguntó:

—¿Qué hay en el piso vacío?

—No lo sé. Supongo que nada. Seguramente, será como nuestro piso antes de que nos mudásemos: una serie de habitaciones vacías.

—¿Crees que se podrá entrar en él desde nuestra casa?

—No, a menos que puedas atravesar los ladrillos, cielo.

—Oh.

Llegaron a casa a la hora de comer. Brillaba el sol, pero el día era frío. La madre de Coraline inspeccionó el frigorífico y encontró un mísero tomate y un pedazo de queso sobre el que crecía una sustancia verde. En la panera sólo quedaba un mendrugo de pan.

—Sería mejor ir a la tienda y comprar varitas de merluza rebozadas o cualquier otra cosa —dijo su madre—. ¿Quieres venir?

—No —respondió Coraline.

—¡Tú misma! —rezongó su madre, y se marchó.

Luego regresó, tomó su bolso y las llaves del coche, y volvió a marcharse.

Coraline estaba aburrida.

Echó un vistazo a un libro que estaba leyendo su madre sobre los indígenas de un país lejano: tenían la costumbre de reunir retazos de seda blanca y dibujar sobre ellos con cera; luego los sumergían en tinte, volvían a dibujar en ellos y volvían a teñirlos. Después disolvían la cera con agua caliente y, por último, lanzaban las hermosas telas de colores al fuego hasta que sólo quedaban cenizas.

A Coraline le pareció algo totalmente absurdo, pero supuso que disfrutarían con el proceso.

Seguía muerta de aburrimiento, y su madre aún no había regresado.

Coraline fue a buscar una silla y la colocó junto a la puerta de la cocina. Se subió y estiró un brazo, pero tuvo que bajarse. Entonces cogió una escoba del armario correspondiente, volvió a subirse a la silla y se estiró blandiendo el cepillo.

«Clinc».

A continuación bajó y recogió la llave. Sonreía con aire triunfante. Apoyó la escoba en la pared y se dirigió al salón.

La familia no utilizaba ese cuarto. Habían heredado los muebles de la abuela de Coraline, junto con una mesita auxiliar de madera, un trinchero, un pesado cenicero de cristal y un cuadro al óleo de un cuenco lleno de fruta. Coraline nunca había comprendido qué motivo había llevado a alguien a pintar un cuenco con frutas.

Por lo demás, la habitación estaba vacía: no había chucherías sobre la repisa de la chimenea, ni estatuillas ni relojes de pared, nada que la hiciese acogedora o habitable.

La vieja llave negra parecía más fría que las otras. La introdujo en la cerradura y la giró con facilidad; después sonó un tranquilizador «clunc».

Coraline se paró a escuchar. Sabía que estaba haciendo algo malo e intentaba aguzar el oído para comprobar si regresaba su madre, pero no oyó nada. Luego puso una mano sobre el pomo de la puerta, lo giró y la puerta se abrió por fin.

Daba a un pasillo oscuro. Los ladrillos habían desaparecido, como si nunca hubieran estado allí. Un frío olor a cerrado se filtraba a través de la puerta abierta: olía a algo muy antiguo y rancio.

Coraline cruzó la puerta.

Se preguntó cómo sería el piso vacío, si es que era allí adonde conducía el corredor.

Avanzó por el pasillo llena de inquietud. Había algo que le resultaba muy familiar.

La alfombra que pisaba era igual a la de su casa. El papel de las paredes era idéntico. Y el cuadro del vestíbulo era el mismo que adornaba su recibidor.

Ya sabía dónde estaba, en su propia casa. No había salido de ella.

Sacudió la cabeza, confundida.

Contempló el cuadro de la pared: no, no era el mismo. El cuadro de su casa representaba a un muchacho, vestido con ropa antigua, que miraba unas pompas de jabón. La expresión del rostro del que tenía ante sí era diferente: miraba las burbujas como si pensase hacer algo repugnante con ellas; sus ojos resultaban raros.

Coraline observó aquellos ojos intentando descubrir la diferencia.

Casi lo había conseguido cuando alguien dijo:

—¿Coraline?

Parecía la voz de su madre. Coraline entró en la cocina, de donde había salido la voz, y vio a una mujer de espaldas. Su aspecto era similar al de la madre de Coraline, pero…

Pero su piel era blanca como el papel.

Parecía más alta y delgada.

Y, además, sus dedos resultaban demasiado largos, no paraba de moverse y tenía unas uñas curvas y afiladas de color rojo oscuro.

—¿Coraline? —preguntó la mujer—. ¿Eres tú?

Entonces se dio la vuelta. Sus ojos eran dos grandes botones negros.

—Es hora de comer, Coraline —dijo la mujer.

—¿Quién eres? —quiso saber Coraline.

—Tu otra madre —contestó la mujer—. Ve a decirle a tu otro padre que la comida está lista. —Abrió la puerta del horno y Coraline sintió un hambre voraz: olía deliciosamente—. Venga, avísalo.

Coraline cruzó el vestíbulo, se dirigió al despacho de su padre y abrió la puerta. Había un hombre de espaldas, sentado ante el teclado del ordenador.

—Hola —dijo Coraline—. Yo…, es decir, ella me ha dicho que te avise de que la comida está preparada.

El hombre se volvió.

Sus ojos eran grandes botones negros y brillantes.

—Hola, Coraline —la saludó—. Estoy muerto de hambre.

Se levantó y fue con ella a la cocina. Se sentaron a la mesa, y la otra madre de Coraline les sirvió la comida: un enorme pollo asado de color dorado, patatas fritas y guisantitos verdes. Coraline se llevó la comida a la boca con avidez. Estaba riquísima.

—Te he estado esperando durante mucho tiempo —dijo el otro padre de Coraline.

—¿A mí?

—Sí —respondió la otra madre—. Nada era lo mismo sin ti. Pero sabíamos que vendrías algún día, y que entonces seríamos una verdadera familia. ¿Te apetece más pollo?

Coraline nunca había comido un pollo tan rico. Su madre cocinaba pollo a veces, pero era envasado o congelado, resultaba muy seco y no sabía a nada. Cuando el padre de Coraline lo preparaba, compraba pollo de verdad, pero hacía cosas raras como estofarlo en vino, rellenarlo con ciruelas pasas o cocerlo al horno envuelto en masa; y Coraline siempre se había negado a probarlo.

Tomó más pollo.

—No sabía que tenía otra madre —comentó la niña con cautela.

—Pues claro que sí. Todo el mundo la tiene —explicó la otra madre, cuyos ojos de botones negros centelleaban—. He pensado que, después de comer, te gustaría jugar con las ratas en tu habitación.

—¿Las ratas?

—Las de arriba.

Coraline no había visto una rata en su vida, sólo en la televisión, y estaba deseando ver una de verdad. Después de todo, el día estaba resultando de lo más interesante.

Cuando terminaron de comer, los otros padres fregaron los platos y Coraline atravesó el vestíbulo para ir a su otra habitación.

Era distinta de la habitación que tenía en su casa. En primer lugar, estaba pintada en una desconcertante tonalidad de verde con un extraño matiz rosa.

Coraline pensó que no le gustaría dormir allí, pero aquella combinación de colores resultaba mucho más original que la de su dormitorio.

En la habitación había una serie de cosas extraordinarias que veía por primera vez: ángeles que revoloteaban como gorriones asustados cuando se les daba cuerda, libros con dibujos que se retorcían, se arrastraban y relucían, y calaveras de pequeños dinosaurios que castañeteaban los dientes a su paso. Una gran caja llena de juguetes maravillosos.

«Esto es muchísimo mejor», pensó Coraline, y se asomó a la ventana. La perspectiva era la misma que se veía desde su dormitorio: árboles, campos y, más allá, contra la línea del horizonte, lejanas colinas de color morado.

Entonces algo negro se deslizó por el suelo y desapareció bajo la cama. Coraline se arrodilló y miró debajo: cincuenta ojitos rojos le devolvieron la

mirada.

—Hola —dijo Coraline—. ¿Sois las ratas?

Las ratas salieron de debajo de la cama parpadeando a causa de la luz. Tenían el pelaje corto y negro como el hollín, los ojos rojizos y pequeños, garras rosas como manitas minúsculas, y colas ralas y rosadas que parecían gusanos lisos y alargados.

—¿Sabéis hablar? —les preguntó. La rata más grande y negra negó con la cabeza. Coraline pensó que tenía una sonrisa desagradable—. Bueno —continuó—, ¿pues qué sabéis hacer?

Las ratas se pusieron en círculo.

Empezaron a trepar unas sobre otras, con cuidado pero sin pausa, hasta que formaron una pirámide coronada por la rata más grande. Después comenzaron a cantar con voces agudas y susurrantes:

Tenemos dientes y también cola,
tenemos cola y además ojos,
estábamos aquí antes de que cayeses tú sola,
tú seguirás aquí cuando subamos a nuestro antojo.

No era una canción bonita. Coraline estaba segura de que la había oído antes, o al menos algo parecido, pero no podía recordar dónde.

Entonces la pirámide se desmoronó y las ratas se precipitaron, veloces y negras, hacia la puerta.

El otro viejo loco del piso de arriba se encontraba en el umbral, con un sombrero de copa negro en la mano. Las ratas treparon por él y se acurrucaron en sus bolsillos, bajo su camisa, en las perneras del pantalón y en torno a su cuello.

La rata mayor saltó sobre los hombros del viejo, se columpió en su gran bigote gris, pasó ante los grandes botones negros de sus ojos, y se acomodó en la parte superior de la cabeza.

Tras unos segundos, el único rastro de las ratas lo constituían los bultos movedizos que había debajo de su ropa, y que cambiaban de lugar continuamente. La rata más grande contemplaba a Coraline, con sus chispeantes ojos rojizos, desde la coronilla del hombre.

El anciano se puso el sombrero, y la última rata desapareció de la vista.

—Hola, Coraline —dijo el otro viejo de arriba—. He oído que estabas aquí. Es hora de que las ratas cenen. Si quieres, puedes subir conmigo y ver cómo comen.

En los botones de sus ojos había una expresión hambrienta que inquietó a Coraline.

—No, gracias —respondió—. Voy a explorar por ahí fuera.

El viejo asintió con gran lentitud. Coraline oía el murmullo de las ratas, aunque no distinguía lo que decían. En realidad, no estaba muy segura de querer saber lo que estaban diciendo.

Cuando salió al pasillo, encontró a sus otros padres en la puerta de la cocina. Ambos exhibían sonrisas idénticas y hacían lentos gestos de adiós con la mano.

—Pásalo bien fuera —le dijo la otra madre.

—Esperaremos aquí a que vuelvas —afirmó el otro padre.

Cuando Coraline llegó a la puerta principal, se giró para mirarlos. Seguían allí observándola y despidiéndose sin dejar de sonreír.

Coraline salió y bajó las escaleras.

4

La casa era exactamente igual por fuera. O casi igual: alrededor de la puerta del piso de la señorita Spink y la señorita Forcible había bombillas azules y rojas que se encendían y se apagaban formando palabras. Las luces se perseguían unas a otras con un continuo parpadeo. Después de «¡ASOMBROSO!» apareció «¡ÉXITO!», y por último «¡TEATRAL!».

El día era soleado y frío, como el que había dejado antes de emprender aquella aventura.

Oyó un suave ruidito a su espalda y se dio la vuelta: sobre el muro más cercano vio un gran gato negro, idéntico al que estaba en el jardín de su casa.

—Buenas tardes —la saludó el gato.

Parecía que la voz estaba dentro de la cabeza de Coraline y ponía en palabras su pensamiento; pero no era la voz de una niña, sino la de un hombre.

—Hola —respondió Coraline—. Vi un gato igual que tú en el jardín de mi casa. Debes de ser el otro gato.

El gato negó con la cabeza.

—No —replicó—. No soy el otro. Soy yo. —Ladeó la cabeza y sus ojos verdes centellearon—. Vosotros, los seres humanos, os habéis extendido por todas partes. En cambio, los gatos nos mantenemos unidos y en nuestro sitio. Tú ya me entiendes.

—Creo que sí. Pero, si eres el mismo gato que vi en casa, ¿cómo sabes hablar?

Los gatos no tienen hombros, al menos no como las personas. Pero el gato se encogió como si los tuviese, con un delicado movimiento que comenzó en el extremo de la cola y terminó con la elevación de los bigotes.

—Simplemente hablo.

—Los gatos de mi casa no hablan.

—¿No? —se extrañó el animal.

—No —contestó Coraline.

El gato saltó con elegancia desde el muro hasta los pies de la niña, y la miró fijamente.

—Bueno, tú eres la experta en estas cosas —comentó el gato con sequedad—. Al fin y al cabo, ¿qué puedo saber yo? Sólo soy un gato.

Comenzó a alejarse con la cabeza y la cola muy erguidas, en un gesto de orgullo.

—Vuelve, por favor —le pidió Coraline—. Lo siento, lo siento de veras. —El animal se detuvo, se sentó y se dedicó a limpiarse concienzudamente, ignorando la existencia de la niña—. Nosotros…, en fin, podríamos ser amigos, ¿no crees? —añadió.

—También podríamos ser raros ejemplares de una exótica raza de elefantes africanos bailarines —respondió el gato—. Pero no lo somos. Por lo menos —continuó con tono rencoroso, tras clavar una breve mirada en Coraline—, yo no.

La niña suspiró.

—Perdóname, por favor. ¿Cómo te llamas? Mira, yo soy Coraline, ¿vale?

El gato bostezó cautelosa y prolongadamente, revelando al hacerlo una boca y una lengua de un asombroso color rosa.

—Los gatos no tenemos nombre.

—¿No? —dudó Coraline.

—No —corroboró el gato—. Vosotros, las personas, tenéis nombres porque no sabéis quiénes sois. Nosotros sabemos quiénes somos, por eso no necesitamos nombres.

Coraline pensó que el gato era de un egocentrismo insoportable, como si estuviese convencido de que él era lo único importante en el mundo.

Por un lado, le apetecía tratarlo con desprecio, pero su otra mitad quería ser educada y amable. Al fin, ganó la mitad educada.

—Por favor, ¿qué lugar es éste?

El gato echó un vistazo hacia todos lados.

—Aquí, el lugar en el que estamos —contestó.

—Eso ya lo sé. Dime entonces cómo has llegado hasta aquí.

—Como tú, caminando. Así.

Coraline observó al animal, que empezó a caminar muy ufano por el césped. Se ocultó detrás de un árbol y no volvió a aparecer. La niña fue hasta allí y miró a su alrededor. El gato se había ido.

Cuando Coraline regresaba a la casa, oyó de nuevo el suave ruidito a su espalda: era el gato.

—Por cierto —dijo—, me parece muy sensato que hayas traído protección. Yo, en tu lugar, me agarraría bien a ella.

—¿De qué protección hablas?

—Ya lo decía yo —comentó el gato—. De todas formas…

Se detuvo y se quedó observando algo que no estaba allí.

Luego se agachó y dio dos o tres pasos con lentitud. Parecía como si estuviese acechando a un ratón invisible. De repente, movió la cola y se precipitó hacia la arboleda. A continuación, desapareció entre los árboles.

Coraline se preguntó qué habría querido decir.

También se preguntó si los gatos sabrían hablar en el mundo del que ella procedía y preferían no hacerlo, o si sólo hablaban cuando estaban allí…, en ese misterioso lugar.

Bajó las escaleras de ladrillo que conducían a la casa de la señorita Spink y la señorita Forcible. Las luces azules y rojas se encendían y se apagaban continuamente.

La puerta principal estaba entornada. Llamó, pero al primer toquecito la puerta se abrió de golpe, y Coraline entró.

Se hallaba en una oscura habitación que olía a terciopelo y a polvo cuando, de pronto, la puerta se cerró a su espalda y todo se volvió negro. La niña anduvo a tientas hasta una pequeña antesala. Su cara rozó al pasar algo suave, como un tejido. Alzó la mano y tiró de la tela, que se desprendió.

Tras parpadear, se encontró al otro lado de un telón de terciopelo, en un teatro mal iluminado. En un extremo había un elevado escenario de madera, vacío y desnudo, débilmente alumbrado por un foco sombrío.

Entre Coraline y el escenario había asientos: filas y más filas de butacas. Oyó un ruido confuso, como de arrastrar de pies, y vio una luz que se

aproximaba y se balanceaba. Cuando se acercó más, descubrió que procedía de una linterna que un gran terrier escocés negro sujetaba con la boca. El perro era tan viejo que tenía el hocico gris.

—Hola —lo saludó Coraline.

El perro dejó la linterna en el suelo y miró a la niña.

—A ver, enséñame la entrada —refunfuñó.

—¿La entrada?

—Sí, eso es lo que he dicho, la entrada. No tengo todo el día. No puedes ver el espectáculo sin entrada.

Coraline suspiró.

—Pues no tengo —reconoció.

—Ya estamos —se quejó el perro—. Entran aquí por la cara. «¿Dónde está la entrada?» «No tengo». Esto no puede ser… —Sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. Anda, pasa.

Agarró la linterna con la boca y se adentró en la oscuridad, seguido por Coraline. Se detuvo cerca del escenario y enfocó un asiento vacío. Coraline se sentó, y el perro se alejó con aire distraído.

Cuando los ojos de la niña se adaptaron a la oscuridad, vio que los demás asientos estaban ocupados por perros.

De pronto se oyó un silbido procedente de detrás del escenario. A Coraline le pareció que se trataba de un viejo disco rayado. Cuando el silbido se convirtió en un sonido de trompetas, la señorita Spink y la señorita Forcible salieron a escena.

La señorita Spink montaba una bicicleta de una sola rueda mientras hacía juegos malabares. Tras ella iba la señorita Forcible pegando saltitos con un cestillo de flores bajo el brazo, esparciendo pétalos por el escenario. Al llegar a la parte delantera, la señorita Spink descendió ágilmente del monociclo y las dos ancianas hicieron una profunda reverencia.

Los perros agitaron la cola y ladraron con entusiasmo. Coraline aplaudió cortésmente.

Entonces las dos ancianas se desabrocharon los abultados abrigos y los abrieron, aunque no del todo. Sus caras también se abrieron como si fuesen dos conchas vacías, y de sus viejos cuerpos, huecos y fofos, salieron dos

mujeres jóvenes: eran esbeltas, pálidas y bastante guapas, y tenían botones negros en lugar de ojos.

La nueva señorita Spink llevaba mallas verdes y botas altas marrones que le llegaban hasta el muslo. La nueva señorita Forcible lucía un vestido blanco y su cabello rubio estaba adornado con flores.

Coraline se repantigó en su butaca.

La señorita Spink abandonó el escenario, y las trompetas chirriaron cuando la aguja del gramófono se arrastró sobre el disco.

—Ésta es mi parte favorita —susurró el perrito que ocupaba el asiento de al lado.

La otra señorita Forcible sacó un cuchillo de una caja que estaba en un rincón.

—¿Es un puñal lo que veo ante mí? —preguntó.

—¡Sí! —gritaron todos los perros—. ¡Sí!

La señorita Forcible hizo una reverencia y los perros volvieron a aplaudir. Coraline no se molestó en imitarlos.

La señorita Spink regresó, se dio una palmada en un muslo y los perros ladraron.

—Y ahora —anunció a continuación—, Miriam y yo tenemos el placer de presentar un nuevo y emocionante complemento a nuestro espectáculo teatral. ¿Algún voluntario?

El perrito que estaba junto a Coraline le propinó un codazo con una de las patas delanteras.

—Tú —siseó.

Coraline se levantó y subió los escalones de madera que conducían al escenario.

—Solicito un gran aplauso para la joven voluntaria —proclamó la señorita Spink.

Los perros gruñeron, chillaron y golpearon las butacas de terciopelo con las colas.

—Bueno, Coraline —dijo la señorita Spink—, ¿cómo te llamas?

—Coraline —respondió Coraline.

—No nos conocemos, ¿verdad?

La niña contempló a la delgada joven con ojos de botones y negó lentamente con la cabeza.

—Bien —dijo la otra señorita Spink—, pon mucha atención. —Llevó a Coraline hasta una tabla que estaba en un extremo y colocó un globo sobre su cabeza.

La señorita Spink se dirigió a la señorita Forcible, le tapó los ojos de botones con una bufanda negra y le puso el cuchillo en una mano. Después, la hizo girar tres o cuatro veces y la puso delante de Coraline, que contuvo la respiración y se estrujó los dedos apretando los puños con mucha fuerza.

La señorita Forcible lanzó el cuchillo al globo, que explotó estrepitosamente. El cuchillo impactó con un ruido sordo en la tabla, sobre la cabeza de Coraline, que exhaló un profundo suspiro.

Los perros estaban frenéticos.

La otra señorita Spink le regaló a Coraline una diminuta caja de bombones y le agradeció su amable colaboración. Entonces Coraline regresó a su asiento.

—Has estado muy bien —le dijo el perrito.

—Gracias —contestó Coraline.

La señorita Forcible y la señorita Spink empezaron entonces a hacer malabarismos con grandes mazas de madera. La niña abrió la caja de bombones, y el perro los miró con ansia.

—¿Te apetece uno? —le preguntó Coraline.

—Sí, por favor —susurró el animal—. Los únicos que no me gustan son los de caramelo, porque me pongo a babear.

—Creía que los bombones eran malos para los perros —comentó la niña al recordar algo que le había contado la señorita Forcible.

—Tal vez sean malos en el lugar de donde vienes —murmuró el perro —. Aquí es lo que comemos.

En la oscuridad Coraline no podía distinguir de qué eran los bombones. Para probar mordió uno, que era de coco. A Coraline no le gustaba el coco, así que se lo ofreció al perro.

—Gracias —dijo éste.

—De nada —respondió Coraline.

La señorita Forcible y la señorita Spink estaban representando sendos papeles: la señorita Forcible se encontraba sentada sobre una escalera de mano, a cuyo pie permanecía la señorita Spink.

—¿Qué importa el nombre? —preguntó la señorita Forcible—. Una rosa olería igual de bien aunque se llamase de otra manera.

—¿Te quedan bombones? —terció el perro.

Coraline le dio otro.

—No sé cómo explicaros quién soy —le decía la señorita Spink a la señorita Forcible.

—Esta parte acaba enseguida —murmuró el perro—, y luego empiezan los bailes folclóricos.

—¿Cuánto tiempo dura esto? —quiso saber Coraline—. Me refiero a la obra de teatro.

—Todo el tiempo —repuso el perro—, desde siempre y para siempre.

—Quédate con los bombones —le ofreció Coraline.

—Gracias —contestó el perro, y la niña se levantó.

—Hasta luego —dijo el animal.

—Adiós —se despidió Coraline. Salió del teatro y se dirigió al jardín, y esa vez sus ojos tuvieron que acostumbrarse a la luz del día.

Sus otros padres la esperaban en el jardín. Ambos sonreían.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó la otra madre.

—Ha resultado interesante —comentó Coraline.

Entonces los tres se encaminaron hacia la otra casa de Coraline. La otra madre acarició con sus largos dedos blancos el cabello de la niña, y ésta sacudió la cabeza.

—No hagas eso —protestó Coraline.

La otra madre retiró la mano.

—Bueno —dijo el otro padre—, ¿te gusta esto?

—Supongo que sí —repuso Coraline—. Es mucho más interesante que mi casa.

Entraron en el edificio.

—Me alegro de que así sea —comentó la otra madre de Coraline—, porque nos encantaría que lo considerases tu hogar. Si quieres, puedes quedarte para siempre.

—Hum —dudó la niña.

Metió las manos en los bolsillos y pensó en la oferta. A continuación, sintió el contacto de la piedra que las verdaderas señoritas Spink y Forcible le habían dado el día antes, la piedra que tenía un agujero en medio.

—Si decides quedarte —le indicó el otro padre—, sólo hemos de ocuparnos de un pequeño detalle.

Entraron en la cocina. Sobre la mesa, en una bandeja de porcelana, había una larga aguja de plata, un carrete de hilo de algodón negro y, para rematar, dos grandes botones del mismo color.

—Esto no me gusta —dijo Coraline.

—Oh, pero nosotros te queremos mucho —repuso la otra madre—, y deseamos que te quedes. Sólo es un pequeño detalle.

—No te dolerá nada —le aseguró el otro padre.

Coraline sabía muy bien que cuando los adultos decían que algo no dolía, mentían siempre, así que negó con la cabeza.

La otra madre sonrió alegremente y sus cabellos ondearon como plantas bajo el mar.

—Sólo deseamos lo mejor para ti —afirmó, y puso una mano sobre el hombro de Coraline, que se apartó.

—Me marcho —anunció la niña. Metió las manos en los bolsillos, y sus dedos se cerraron alrededor de la piedra.

La mano de la otra madre se deslizó del hombro de Coraline como si fuese una araña asustada.

—Si es eso lo que quieres… —repuso.

—Sí —afirmó Coraline.

—Pero pronto volveremos a verte —dijo el otro padre—, cuando regreses.

—Hum —dudó la niña.

—Y entonces estaremos todos juntos como una gran familia feliz —señaló la otra madre—. Por siempre jamás.

Coraline retrocedió. Dio la vuelta, corrió hacia el salón y abrió la puerta del rincón. La pared de ladrillos no estaba. Sólo había oscuridad, una oscuridad misteriosa y negra como la noche, en la que algo parecía moverse.

La niña vaciló y se echó atrás. Su otra madre y su otro padre caminaban hacia ella cogidos de la mano y la miraban con sus ojos de botones negros. Al menos creía que la estaban mirando, aunque no estaba muy segura.

La otra madre extendió una mano e hizo una delicada seña con uno de sus dedos blancos. Sus pálidos labios esbozaron las palabras «Vuelve pronto», aunque Coraline no oyó ninguna voz.

La niña respiró profundamente y se sumió en la oscuridad, llena de murmullos de voces extrañas y del ulular de unos vientos lejanos. Tuvo la certeza de que había algo detrás de ella: algo muy viejo y muy lento. El corazón le latía con tanta fuerza y tan alto que temió que el pecho le estallase. Cerró los ojos para no ver la oscuridad.

Por fin, chocó contra algo y abrió los ojos sobresaltada. Había tropezado con un sofá del salón.

A su espalda, el hueco de la puerta aparecía tapiado con ladrillos rojos e irregulares.

Estaba en su casa.

5

Coraline cerró la puerta del salón con la fría llave negra.

Fue a la cocina y se subió a una silla. Intentó dejar el manojo de llaves sobre el marco de la puerta; lo intentó cuatro o cinco veces hasta que se dio cuenta de que no alcanzaba. Entonces las ocultó bajo el mueble que estaba junto a la puerta.

Su madre aún no había vuelto de la compra.

Coraline se dirigió al congelador y sacó la barra de pan de reserva del último compartimento. Se preparó unas tostadas con mantequilla de cacahuete y mermelada, y bebió un vaso de agua.

A continuación se dispuso a esperar el regreso de sus padres.

Cuando comenzó a anochecer, Coraline horneó una pizza congelada en el microondas. Después encendió la televisión y se preguntó por qué los adultos se reservaban los mejores programas, los que estaban llenos de gritos y carreras.

Al cabo de un rato empezó a bostezar. Se desnudó, se cepilló los dientes y se acostó.

A la mañana siguiente fue a la habitación de sus padres, pero la cama no estaba deshecha y no había rastro de ellos; así que desayunó espaguetis de lata.

A mediodía comió una tableta de chocolate a la taza y una manzana que, aunque estaba amarilla y un poco arrugada, sabía bien.

A la hora del té bajó a ver a las señoritas Spink y Forcible. Éstas le ofrecieron tres galletas integrales, un refresco de lima y un té flojo. El refresco era diferente: no sabía a lima, sino a algo verde y chispeante con un toque químico.

A Coraline le encantó, y le habría gustado tenerlo en casa.

—¿Cómo están tus queridos padres? —le preguntó la señorita Spink.

—Han desaparecido —respondió Coraline—. No he visto a ninguno de los dos desde ayer. Estoy sola. Supongo que me he convertido en una familia de un solo miembro.

—Dile a tu madre que hemos encontrado los recortes de prensa sobre el teatro Empire de Glasgow de los que habíamos hablado. Parecía muy interesada cuando Miriam sacó el tema.

—Se ha esfumado misteriosamente —dijo Coraline—, igual que mi padre.

—Caroline, me temo que mañana no vamos a estar en casa, cielo —comentó la señorita Forcible—. Pasaremos la noche con la sobrina de April en Royal Tunbridge Wells.

Le mostraron a la niña un álbum con fotografías de la sobrina de la señorita Spink, tras lo cual Coraline regresó a su piso.

Abrió su hucha y bajó al supermercado. Compró dos botellas grandes de refresco de lima, un pastel de chocolate y una bolsa de manzanas, que le sirvieron de cena.

Tras cepillarse los dientes, fue al despacho de su padre, encendió el ordenador y escribió una historia.

LA HISTORIA DE CORALINE

HABÍA UNA NIÑA QUE SE LLAMAVA MANZANA. BAILAVA MUCHO. BAILAVA SIN PARAR HASTA QUE SUS PIES SE CONBIRTIERON EN SALCHICHAS. FIN.

Imprimió la historia, apagó el ordenador y, debajo del texto, dibujó a una niña bailando.

Después se dio un baño, pero echó demasiado gel y la espuma rebosó el borde de la bañera y se extendió por el suelo. Se secó, limpió el suelo lo mejor que pudo y se acostó.

A media noche se despertó y se dirigió al dormitorio de sus padres: la cama seguía hecha y vacía. Los números de color verde brillante del reloj digital marcaban las tres y doce de la madrugada.

Totalmente sola en medio de la noche, Coraline rompió a llorar. En la casa desierta no se oía más que su llanto.

Se metió en la cama de sus padres y, al cabo de un rato, se quedó dormida.

Coraline se despertó al sentir los golpecitos de unas patas sobre el rostro. Abrió los ojos y vio unas grandes pupilas verdes que la miraban fijamente. Era el gato.

—Hola —lo saludó la niña—. ¿Cómo has entrado?

El gato no respondió. Entonces Coraline se levantó: llevaba una camiseta larga y el pantalón de un pijama.

—¿Has venido a decirme algo?

El gato bostezó y sus ojos echaron chispas verdes.

—¿Sabes dónde están mis padres?

El gato parpadeó lentamente.

—¿Significa eso que sí?

El gato volvió a parpadear y Coraline decidió que aquello era una respuesta afirmativa.

—¿Me llevas a donde están?

El gato la observó y luego se dirigió al vestíbulo seguido por la niña. Recorrió el pasillo y se detuvo al final, junto a un espejo de cuerpo entero. En otra época, éste había formado parte de la puerta interior de un armario. Lo habían puesto allí al mudarse, y aunque la madre de Coraline comentaba a veces que quería sustituirlo por algo nuevo, aún no lo había hecho.

La niña encendió la luz.

El espejo mostraba el pasillo, que era lo que había a su espalda, y sus padres aparecían reflejados en él como si estuviesen vagamente situados en el vestíbulo. Parecían tristes y solitarios. Cuando Coraline los miró, la saludaron despacio con manos flácidas. El padre rodeaba con un brazo a la madre.

Los dos le devolvieron la mirada desde el espejo. El padre abrió la boca y dijo algo, pero ella no lo oyó. Su madre sopló en la parte interior del

cristal y escribió rápidamente con la punta de un dedo, antes de que el vaho se borrase:

SONADÚYA

Cuando el vaho se desvaneció, sus padres también, y en el espejo quedaron tan sólo las imágenes del pasillo, Coraline y el gato.

—¿Dónde están? —le preguntó la niña al animal.

No obtuvo respuesta, aunque Coraline oyó con la imaginación su voz, seca como si fuese una mosca muerta en el alféizar de una ventana en pleno invierno, que decía: «¿Dónde crees tú que están?»

—No van a regresar, ¿verdad? —dijo Coraline—. Al menos, no por sus propios medios.

El gato parpadeó y Coraline lo interpretó como un sí.

—Bueno, supongo que entonces, sólo puedo hacer una cosa.

Fue al despacho de su padre y se sentó ante el escritorio. Descolgó el teléfono, consultó la guía y llamó a la comisaría.

—Policía —gruñó una voz masculina.

—Hola —saludó—. Me llamo Coraline Jones.

—Es un poco tarde para que estés levantada, ¿no te parece, jovencita? —replicó el agente.

—Tal vez —contestó Coraline, que no estaba dispuesta a que la distrajesen—, pero llamo para denunciar un delito.

—¿De qué se trata?

—De un secuestro. Han secuestrado a mis padres. Se los han llevado al mundo que está al otro lado del espejo del vestíbulo.

—¿Y sabes quién se los ha llevado? —le preguntó el policía.

Coraline percibió el tono burlón de su voz e hizo un esfuerzo para hablar como una persona mayor y para que así la tomase en serio.

—Creo que están en las garras de mi otra madre. Quizá quiera retenerlos y coserles los ojos con botones negros, o puede tratarse de una estratagema para que yo caiga en sus manos. No estoy segura.

—Claro, en las viles garras de sus diabólicas manos… —comentó el policía—. Hum, ¿sabes qué te aconsejo, señorita Jones?

—No. ¿Qué?

—Pídele a tu madre que te prepare un gran tazón de chocolate bien caliente y que luego te dé un gran abrazo. No hay nada como el chocolate caliente y un abrazo para espantar las pesadillas. Y si te riñe por despertarla a estas horas de la noche, dile que te lo ha aconsejado la policía —afirmó con voz profunda y tono tranquilizador.

Pero Coraline no se sentía nada tranquila.

—Cuando la vea —repuso la niña—, se lo diré. —Y a continuación colgó el teléfono.

El gato, que durante toda la conversación había permanecido sentado en el suelo acicalándose, se levantó y fue al vestíbulo.

Coraline regresó a su habitación y se puso su bata azul y sus zapatillas. Buscó una linterna y la encontró debajo del fregadero, pero tenía las pilas muy gastadas y emitía una débil luz de color pajizo. La dejó, dio con una caja de velas de cera blanca, que guardaban por si se presentaba una emergencia, y colocó una en una palmatoria. Después se metió una manzana en cada bolsillo, tomó el manojo de llaves y retiró la vieja llave negra.

Entró en el salón y contempló la puerta. Tenía la sensación de que la puerta también la miraba, lo cual resultaba absurdo, pero en el fondo no dejaba de ser cierto.

Volvió a su habitación y hurgó en un bolsillo de sus pantalones vaqueros. Encontró la piedra agujereada y la guardó en el bolsillo de la bata.

Acercó una cerilla a la vela y observó cómo el cabo chisporroteaba y prendía. Agarró la llave negra y sintió su frío contacto en la mano; luego la introdujo en la cerradura, pero no la giró.

—Cuando era pequeña —le contó Coraline al gato— y vivíamos en nuestra antigua casa, hace muchísimo tiempo, papá me llevó a pasear por el descampado que había entre nuestra casa y las tiendas.

»En realidad no era el mejor lugar para pasear. Estaba lleno de cosas que la gente tiraba: cocinas viejas, platos rajados, muñecas sin brazos ni piernas, latas vacías y botellas rotas. Mis padres me hicieron prometer que

no iría a explorar por allí porque había muchas cosas cortantes, y por el peligro del tétanos y otras enfermedades.

»Pero yo insistía en que quería explorar esa zona. Así que un día mi padre se puso sus grandes botas marrones y sus guantes, y a mí me vistió con botas, pantalones vaqueros y un suéter, y fuimos a dar una vuelta.

»Caminamos durante unos veinte minutos y bajamos por el monte hasta una hondonada en la que había un arroyo. De repente, papá me dijo: «¡Coraline…, escapa monte arriba. Corre!» Lo dijo de forma tan tajante que obedecí inmediatamente. Escapé corriendo. Algo me hizo daño en un brazo, pero no me detuve.

»Cuando llegué a lo alto del monte oí un ruido muy fuerte detrás de mí. Era mi padre, que venía hacia mí como si fuera un rinoceronte. Al llegar arriba, me tomó en brazos y me llevó hasta el borde del monte. Después nos detuvimos jadeando, respiramos profundamente y contemplamos la hondonada.

»El aire estaba plagado de avispas. Seguramente habíamos pisado una colmena oculta en una rama podrida. Mientras yo escapaba a toda prisa, mi padre se quedó para darme tiempo a huir y lo picaron, y además perdió las gafas al correr.

»Yo sólo tenía una picadura en la parte de atrás del brazo. Él tenía treinta y nueve, por todo el cuerpo. Las contamos en el baño.

El gato empezó a restregarse la cara y los bigotes con un gesto que denotaba una impaciencia creciente. Coraline se agachó y le acarició la nuca y el cuello. El animal se levantó, dio unos pasos hasta ponerse fuera de su alcance, y luego volvió a sentarse y a mirarla.

—En fin —continuó la niña—, el caso es que mi padre regresó al descampado para recuperar sus gafas. Dijo que no se había asustado cuando las avispas lo picaron porque estaba concentrado en ayudarme a escapar: sabía que debía darme tiempo para huir; de lo contrario, las avispas nos habrían atacado a los dos.

Coraline giró la llave y sonó un «clunc» bien fuerte.

La puerta se abrió de golpe.

Al otro lado no había pared de ladrillos, sólo oscuridad. Un viento frío barrió el pasadizo.

Coraline no hizo ademán de cruzar la puerta.

—Y dijo que no había sido valiente quedarse allí para que le picaran las avispas —añadió Coraline—. No fue valiente porque no tenía miedo y además era lo único que podía hacer. Pero regresar después para buscar las gafas, cuando sabía que las avispas estaban allí y se encontraba aterrado… Para eso sí que es necesario tener valor.

Coraline dio un paso hacia el oscuro corredor y percibió el característico olor a cerrado, a humedad y a polvo.

El gato la acompañó sin hacer el menor ruido.

—¿Y por qué es necesario tener valor? —le preguntó el gato con tono de indiferencia.

—Porque, cuando haces algo a pesar del miedo que sientes —respondió ella—, necesitas tener mucho valor.

La vela proyectaba enormes sombras parpadeantes y extrañas en la pared. Coraline oyó algo que se movía en la oscuridad, aunque no distinguía bien si estaba junto a ella o a un lado. Parecía como si aquello, fuese lo que fuese, caminara a su paso.

—¿Y por eso vas a regresar al mundo de la otra? —le preguntó de nuevo el gato—. ¿Porque tu padre te salvó de las avispas?

—No seas tonto —le contestó Coraline—. Regreso a buscarlos porque son mis padres. Si ellos descubriesen mi desaparición, estoy segura de que harían lo mismo por mí. Oye, ¿sabes que has vuelto a hablar?

—¡Qué suerte tengo al contar con una compañera de viaje tan sabia e inteligente! —comentó el animal. Su tono seguía siendo sarcástico, pero se le había puesto el pelo de punta y llevaba la cola, que parecía un cepillo, muy levantada.

Coraline iba a decir algo como «lo siento» o «¿el camino no era mucho más corto antes?», cuando la vela se apagó de repente como si alguien le hubiese dado un manotazo.

A continuación se oyeron ruidos como de alguien que corretease y revolviese objetos, algo que puso a Coraline muy nerviosa, con el corazón a punto de estallar. Extendió una mano en la oscuridad… y sintió, en ella y en la cara, el roce de algo tenue, como una telaraña.

Entonces se encendió la luz del fondo del pasillo, deslumbrándola por contraste con las tinieblas, y se perfiló la figura de una mujer.

—¡Coraline, cariño! —la llamó.

—¡Mamá! —exclamó la niña, y corrió hacia ella aliviada y feliz.

—Cielo —dijo la mujer—, ¿por qué te marchaste de mi lado?

Coraline se encontraba demasiado cerca para detenerse, y no pudo evitar que la otra madre la rodeara con sus brazos fríos. Se mantuvo rígida, temblando por dentro, mientras la otra madre la sujetaba con firmeza.

—¿Dónde están mis padres? —le preguntó Coraline.

—Estamos aquí —respondió la otra madre con una voz tan parecida a la de su verdadera madre que Coraline casi no podía distinguirlas—. Estamos aquí, dispuestos a quererte, jugar contigo, cuidarte y ofrecerte una vida llena de cosas interesantes.

Coraline retrocedió y la otra madre la soltó a regañadientes.

El otro padre, que estaba sentado en una silla del vestíbulo, se levantó sonriendo.

—Vamos a la cocina —sugirió—. Prepararé un tentempié nocturno. Y supongo que a ti te apetecerá tomar algo, ¿tal vez un chocolate caliente?

Coraline recorrió el vestíbulo hasta llegar al espejo del fondo. No reflejaba nada más que una niña en bata y zapatillas que tenía aspecto de haber estado llorando y cuyos ojos eran de verdad, no botones negros. La niña sostenía una palmatoria con una vela apagada.

Coraline miró a la niña del espejo, que le devolvió la mirada.

«Debo ser valiente —pensó Coraline—; no, soy valiente».

Dejó la palmatoria en el suelo y se dio la vuelta. La otra madre y el otro padre la observaban ansiosos.

—No quiero un tentempié —protestó Coraline—. Tengo una manzana, ¿veis?

Sacó la fruta del bolsillo de la bata y le hincó el diente con un apetito y un entusiasmo que no sentía en realidad.

El otro padre parecía decepcionado. La otra madre sonrió enseñando todos los dientes, que eran excesivamente largos. Sus ojos de botones negros brillaban y lanzaban destellos bajo las luces del vestíbulo.

—No me dais miedo —dijo Coraline, aunque lo cierto era que estaba muy asustada—. Quiero que vuelvan mis padres.

Daba la impresión de que los contornos de la realidad se habían difuminado.

—¿Qué interés tendría yo en hacerles algo a tus padres? Si te han dejado, Coraline, debe de ser porque están cansados o hartos de ti. Pero yo nunca me cansaré de ti, ni te abandonaré. Conmigo estarás segura.

El cabello negro y de aspecto mojado de la otra madre ondeaba en torno a su cabeza como los tentáculos de una criatura que habitase en el fondo del océano.

—No estaban hartos de mí —repuso Coraline—. Estás mintiendo. Tú los has secuestrado.

—Pero qué tonta eres, Coraline. Se encuentran de maravilla donde están.

La niña le dedicó una mirada de odio.

—Te lo demostraré —le aseguró la otra madre mientras limpiaba la superficie del espejo con sus largos dedos blancos.

El cristal se empañó, como si un dragón vomitase el aliento sobre él; luego el vaho se disipó y quedó limpio.

En el espejo ya era de día. Coraline vio la parte del vestíbulo que se hallaba frente a la puerta principal de su casa. Esta se abrió desde fuera y los padres de Coraline entraron con unas maletas.

—Han sido unas vacaciones estupendas —dijo el padre.

—¡Qué agradable resulta no estar pendiente de Coraline! —añadió la madre con una sonrisa de felicidad—. Ahora podemos hacer lo que siempre habíamos querido, como viajar al extranjero, y nunca habíamos podido porque teníamos una hija pequeña.

—Además —continuó su padre—, me consuela mucho saber que su otra madre la cuidará mejor que nosotros.

La imagen se borró y el espejo se nubló y volvió a reflejar la noche.

—¿Lo ves? —le preguntó la otra madre.

—No —respondió Coraline—. Ni lo veo ni lo creo.

Esperaba que aquella visión no fuese real, pero no estaba tan segura como se esforzó por aparentar.

En lo más íntimo albergaba una pequeña duda, como un gusano que corroe el corazón de una manzana. Alzó la vista y distinguió la expresión de la otra madre: un relámpago de furia crispó su rostro como si se tratase de una tormenta de verano. Entonces Coraline tuvo la certeza de que lo que había visto en el espejo no era más que una ilusión.

La niña se sentó en el sofá y se puso a comer la manzana.

—Por favor —le suplicó la otra madre—, no hagas difíciles las cosas.

Entró en el salón y dio dos palmadas: tras una especie de crujido, apareció una rata negra que se quedó mirándola.

—Tráeme la llave —le ordenó.

La rata se agitó nerviosamente y cruzó la puerta abierta que conducía a la casa de Coraline. Regresó arrastrando la llave.

—¿Por qué en este lado no tenéis vuestra propia llave? —preguntó Coraline.

—Sólo hay una llave; igual que sólo hay una puerta —respondió el otro padre.

—Cállate —le mandó la otra madre—. No debes perturbar la cabecita de nuestra querida Coraline con esas trivialidades.

A continuación introdujo la llave en la cerradura y la giró. El cerrojo estaba atascado, pero al fin se cerró con un sonido metálico.

La otra madre guardó la llave en el bolsillo de su delantal.

Fuera de la casa un color gris luminoso había comenzado a aclarar el cielo.

—Si no vamos a tomar un tentempié nocturno —comentó la otra madre —, nos vendrá bien, al menos, un sueño reparador. Yo vuelvo a la cama, Coraline, y te sugiero que hagas lo mismo.

Puso sus largos dedos blancos sobre los hombros del otro padre y lo sacó fuera de la habitación.

Coraline fue hasta la puerta de la esquina. La empujó con fuerza, pero estaba cerrada con llave. Los otros padres habían cerrado también la puerta de su dormitorio.

Coraline se sentía agotada, pero no quería dormir en su habitación. No quería dormir bajo el mismo techo que la otra madre.

La puerta principal no estaba cerrada. Coraline salió al amanecer y bajó los peldaños de piedra. Se sentó en el último escalón. Hacía frío.

Entonces algo peludo se restregó contra ella de forma suave e insinuante. Coraline dio un salto, aunque respiró aliviada cuando comprobó de qué se trataba.

—Oh, eres tú —le dijo al gato.

—¿Lo ves? —repuso éste—. No es tan difícil reconocerme, aunque no tenga nombre.

—Ya, ¿y qué hago si quiero llamarte?

El animal frunció el hocico y no se dejó impresionar por la pregunta.

—Llamar a los gatos es un ejercicio sobrevalorado —confesó—. También podrías llamar a un torbellino.

—¿Y si fuese la hora de comer? ¿No te gustaría que te llamasen?

—Por supuesto. Pero con gritar «¡A comer!» es suficiente. ¿Ves como los nombres no son necesarios?

—¿Para qué me quiere esa mujer? ¿Por qué desea que me quede con ella?

—Supongo que quiere amar algo, algo que no sea ella misma. Es como si le apeteciese comer. Es difícil saber lo que sienten las criaturas así.

—¿Qué me aconsejas?

El gato estuvo a punto de soltar un comentario sarcástico, pero se sacudió los bigotes y dijo:

—Desafíala. No creo que juegue limpio, pero es de las que adoran los juegos y los retos.

—¿A qué te refieres con eso? —le preguntó Coraline al gato.

Pero éste no contestó, se limitó a estirarse con placer y se marchó. De pronto, se detuvo, regresó y añadió:

—Yo, en tu lugar, entraría en la casa. Duerme un poco. Te espera un día muy largo.

Luego se fue. Coraline comprendió que tenía razón. Entró sigilosamente en la casa silenciosa, pasó ante la puerta cerrada del dormitorio en el que la otra madre y el otro padre…, ¿qué?, pensó, ¿dormían o acaso aguardaban? Entonces se le ocurrió que si abría la puerta, encontraría la habitación vacía

o, para ser más exactos, se trataba de una habitación vacía que estaría deshabitada hasta el momento en que ella abriese la puerta.

En cierto modo, así resultaba más fácil. Coraline se dirigió a la imitación verde y rosa de su verdadero dormitorio. Cerró la puerta y arrastró la caja de los juguetes para bloquear la entrada: no evitaría que entrasen, pero, si lo intentaban, el ruido la despertaría; al menos eso esperaba.

Los juguetes, que estaban dormidos, se despertaron y se quejaron cuando movió la caja, pero enseguida volvieron a dormirse. Coraline echó un vistazo debajo de la cama, por si había ratas, pero no vio nada. Se quitó la bata y las zapatillas, se acostó, y el sueño la asaltó sin darle apenas tiempo para pensar en lo que había querido decir el gato al hablar del desafío.

6

A Coraline la despertó el sol del mediodía, pues la alcanzaba de lleno en el rostro.

Durante unos momentos se sintió totalmente desplazada: no sabía dónde estaba, ni siquiera sabía con certeza quién era. Es asombroso el hecho de que una gran parte de nosotros siga inmersa en sueños cuando nos despertamos cada mañana y lo frágil que es ese momento.

Coraline se olvidaba a veces de quién era, como cuando soñaba despierta que estaba explorando el Ártico, la selva amazónica o lo más recóndito de África. Si le daban una palmadita en el hombro o la llamaban, regresaba con sobresalto de aquellos lugares remotos, y en una fracción de segundo recordaba quién era, cómo se llamaba y dónde se encontraba.

En ese momento el sol acariciaba su rostro y ella era Coraline Jones. Sí. El colorido verde y rosa de la habitación y el susurro de una gran mariposa de papel pintado que revoloteaba y batía las alas en el techo le indicaron dónde se había despertado.

Saltó de la cama. Decidió no usar el pijama, la bata y las zapatillas durante el día, aunque tuviera que ponerse la ropa de la otra Coraline (¿había otra Coraline? No, no la había. Ella era Coraline). Pero en el armario no encontró ropa normal. Eran más bien disfraces o, pensó, el tipo de vestidos que le hubiera gustado tener en el armario de su casa: un andrajoso disfraz de bruja, el traje de remiendos de un espantapájaros, el atuendo de un guerrero del futuro con lucecitas que brillaban y parpadeaban, y un insinuante vestido de noche adornado con plumas y espejitos. Por fin encontró en un cajón unos vaqueros que parecían de terciopelo negro como la noche, y un suéter gris del color del humo denso, lleno de relucientes estrellitas.

Se puso los vaqueros y el suéter, y unas botas de tono naranja brillante que encontró en el fondo del armario.

Del bolsillo de la bata sacó la última manzana que le quedaba y la piedra del agujero. Guardó ésta en el bolsillo de los pantalones y fue como si su cabeza se despejase, como si hubiese salido de una especie de niebla.

Entró en la cocina, que estaba desierta.

Sabía que había alguien en la casa. Cruzó el vestíbulo para dirigirse al despacho de su padre y lo encontró allí.

—¿Dónde está la otra madre? —le preguntó al otro padre, que estaba sentado ante un escritorio igual al de su padre, pero sin hacer absolutamente nada, ni siquiera leer catálogos de jardinería, que es lo que hacía su padre cuando quería fingir que trabajaba.

—Fuera —respondió—, clavando las puertas. Tenemos problemas con los bichos.

Parecía contento de tener a alguien con quien hablar.

—¿Te refieres a las ratas?

—No, las ratas son amigas nuestras. Es el otro bicho, ese grande y negro con la cola levantada.

—¿Hablas del gato?

—El mismo —contestó el otro padre.

En aquel instante ya no se parecía tanto a su padre. Había algo indefinido en su cara, como si fuese masa de pan que al crecer hubiese alisado bultos, grietas y depresiones.

—Lo cierto es que no debo hablar contigo cuando ella no está —confesó—. Pero no te preocupes, no suele marcharse. Te demostraré lo amables y hospitalarios que podemos ser, de forma que ya nunca querrás irte. —Cerró la boca y cruzó las manos sobre el regazo.

—¿Qué hago ahora? —le preguntó Coraline. El otro padre señaló los labios en un gesto que significaba «silencio»—. Bueno, si no quieres hablar conmigo —dijo Coraline—, me voy a explorar.

—Es inútil —repuso el otro padre—. Sólo existe esto, lo que ella hizo: la casa, los alrededores y los que viven aquí. Lo hizo y se dedicó a esperar.

Entonces pareció sentirse incómodo y se llevó de nuevo el dedo a los labios, como si desease indicar que había hablado demasiado.

Coraline salió del despacho y fue al salón. Se acercó a la vieja puerta, la empujó, la sacudió y le dio golpes, pero no sirvió de nada; estaba cerrada, y la otra madre tenía la llave.

Contempló el salón. Le resultaba tan familiar que se sentía rara en él. Todo era exactamente igual a lo que recordaba de su casa: allí estaban los muebles de su abuela con su olor peculiar, el cuadro del cuenco de fruta (un racimo de uvas, dos ciruelas, un melocotón y una manzana) colgado en la pared, la mesita de madera con patas de león y la chimenea vacía que parecía absorber el calor de la habitación.

Pero había algo más, algo que no recordaba haber visto antes: una bola de cristal sobre la repisa de la chimenea.

Se dirigió a ella y se puso de puntillas para alcanzar la bola. Se trataba de una esfera de nieve que tenía dos figuritas dentro. Coraline la sacudió y la nieve se esparció y voló, una nieve blanca que brillaba al flotar en el agua.

Luego volvió a dejar la bola sobre la repisa y decidió seguir buscando a sus verdaderos padres y encontrar una forma de escapar de allí.

Salió de la casa, pasó ante la puerta de luces relampagueantes, tras la cual las otras señoritas Spink y Forcible representaban su espectáculo sin fin, y se metió en el bosque.

En el lugar del que Coraline procedía, cuando se atravesaba la arboleda no se veía nada más que un prado y la vieja cancha de tenis. En aquel sitio, por el contrario, el bosque se extendía más allá y, a medida que uno se adentraba en él, los árboles se volvían más toscos y perdían su apariencia vegetal.

De pronto eran como imitaciones, como bocetos de árboles: troncos de color marrón grisáceo que sostenían unas manchas verdosas de algo similar a unas hojas.

Coraline se preguntó si a la otra madre no le interesaban los árboles o si no se había ocupado de aquel detalle porque no contaba con que alguien llegase hasta allí.

Siguió caminando.

Y entonces la envolvió la bruma.

No era húmeda, como la niebla o la bruma normales. Tampoco era ni fría ni caliente. Coraline sintió como si entrase en la nada.

«Soy una exploradora —se dijo— y he de averiguar cómo se sale de aquí. Debo seguir caminando».

El mundo que recorría era la pálida nada, como una hoja de papel en blanco o una enorme habitación blanca y vacía. No había temperatura, ni olores, ni texturas, ni sabor.

«Esto no es niebla», pensó Coraline, aunque no sabía de qué se trataba. Durante un momento se preguntó si no se habría vuelto ciega. Pero no, pues podía verse a sí misma con total nitidez. Sin embargo, no había suelo bajo sus pies, sino tan sólo una blancura lechosa y difuminada.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó una figura que de repente estaba a su lado.

Los ojos de la niña tardaron unos instantes en fijar la mirada. Al principio, a cierta distancia, pensó que se trataba de una especie de león. Luego, cuando la figura estuvo más cerca, supuso que era un ratón. Finalmente supo con certeza qué era.

—Estoy explorando —le explicó al gato.

Éste tenía el pelo de punta, los ojos dilatados y la cola entre las patas. No parecía muy feliz.

—Pues es un mal lugar —repuso el animal—. Si se le puede llamar lugar, cosa que dudo. ¿Qué haces aquí?

—Quiero explorar.

—Aquí no hay nada que explorar. Ésta es la parte de fuera, la que ella no se ha molestado en crear.

—¿Ella?

—La que dice que es tu otra madre —le aclaró el gato.

—¿Y qué es en realidad?

El animal no contestó, se limitó a seguir caminando sigilosamente junto a la niña a través de la borrosa niebla.

Frente a ellos surgió de pronto una gran estructura, imponente y oscura.

—¡Te has equivocado! —le reprochó Coraline al gato—. ¡Ahí hay algo!

En medio de la bruma aquello tomó forma: era una casa oscura, que se alzó ante ellos entre la blancura informe que lo envolvía todo.

—Pero ésa es… —titubeó Coraline.

—La casa que acabas de dejar —puntualizó el animal—. La misma.

—Tal vez hayamos dado la vuelta en la niebla —dijo Coraline.

El gato dibujó un signo de interrogación con el extremo de la cola y ladeó la cabeza.

—Puede que tú lo hayas hecho —concedió—, pero yo estoy seguro de que no. Te equivocas totalmente.

—Pero ¿cómo es posible alejarse de algo y regresar al mismo tiempo?

—Resulta fácil. Piensa en alguien que da la vuelta al mundo: parte alejándose de un lugar y al final regresa a él.

—Entonces, éste es un mundo pequeño —apuntó Coraline.

—Para ella es suficiente —afirmó el gato—. Las telarañas simplemente deben tener el tamaño adecuado para atrapar moscas.

Coraline se estremeció.

—Él me ha contado que ella está claveteando todas las puertas y entradas —informó la niña al gato— para dejarte fuera.

—Que lo intente —repuso el animal sin inmutarse—. Sí, que lo intente. —Se encontraban bajo unos árboles, situados junto a la casa, que parecían mucho más reales—. Hay formas de entrar y salir de lugares como éste de las que ella no sabe nada.

—Entonces, ¿este sitio lo hizo ella? —le preguntó Coraline.

—Lo hizo o lo encontró…, ¿qué más da? Sea como sea, lleva aquí mucho tiempo. Espera… —El gato se agitó, dio un salto y, antes de que Coraline pestañease, apresó con las garras a una gran rata negra—. En circunstancias normales no me gustan las ratas —explicó el animal en tono familiar, como si no hubiese ocurrido nada—, pero en este lugar las ratas son sus espías. Ella las utiliza como si fuesen sus ojos y sus manos…

Y después de pronunciar esas palabras, el gato soltó a la rata. Ésta corrió unos metros hasta que el felino, de un salto, la atrapó y la golpeó fuertemente con una garra afilada mientras la mantenía inmóvil con la otra.

—Me encanta este momento —dijo el gato, feliz—. ¿Quieres que lo repita?

—No. ¿Por qué haces eso? La estás torturando.

—Pues… —dijo el gato, y soltó de nuevo a la rata.

El roedor, aturdido, avanzó unos pasos a trompicones y luego echó a correr. Entonces el gato le propinó un zarpazo y se lo llevó a la boca.

—¡Basta! —le ordenó Coraline.

El gato dejó caer la rata entre sus garras.

—Hay quien piensa —susurró en un tono zalamero y suave como la seda— que la costumbre que tienen los gatos de jugar con su presa es misericordiosa… Al fin y al cabo, permite que el bocadito corretee y, de vez en cuando, escape. ¿Cuántas veces has dejado escapar tu comida?

A continuación, sujetó a la rata con la boca y se la llevó al bosque.

Coraline entró en la casa.

Todo estaba tranquilo, callado y desierto. Hasta los pasos sonaban tenues sobre el suelo alfombrado. Miles de motas de polvo flotaban en un rayo de sol.

El espejo se encontraba al fondo del vestíbulo. Coraline se vio a sí misma caminando hacia él, y su aspecto parecía más decidido de lo que realmente sentía en su interior. En el espejo no había nada más: sólo ella en el pasillo.

Alzó la vista cuando una mano se posó sobre su hombro. La otra madre la miraba fijamente con sus grandes ojos de botones negros.

—Coraline, cariño —dijo—, he pensado que podíamos dedicar la mañana a jugar, ya que has vuelto de tu paseo. ¿Qué prefieres, la rayuela, el juego de las familias o el Monopoly?

—No estabas en el espejo —observó Coraline.

La otra madre sonrió.

—No se puede uno fiar de los espejos —replicó—. Bueno, ¿a qué jugamos?

La niña sacudió la cabeza.

—No quiero jugar contigo —respondió—. Lo que quiero es ir a mi casa y estar con mis verdaderos padres. Quiero que los dejes marchar. Déjanos marchar.

La otra madre negó con la cabeza muy lentamente.

—La ingratitud de una hija es más punzante que el diente de un reptil —afirmó—. Pero el amor puede doblegar al espíritu más altivo. —Y sus largos dedos blancos se agitaron y acariciaron el aire.

—No tengo intención de quererte —repuso Coraline—. Hagas lo que hagas, no puedes obligarme a quererte.

—Vamos a hablar —dijo la otra madre, dándose la vuelta y entrando en el salón seguida por Coraline.

La otra madre se sentó en el sofá grande. Cogió una bolsa de la compra que estaba junto a él, sacó un paquete de papel blanco y crujiente, y se lo tendió a Coraline.

—¿Te apetece uno? —le preguntó amablemente.

Coraline miró para ver si se trataba de un caramelo o de una bolita de mantequilla azucarada. Pero el paquete estaba medio lleno de grandes escarabajos negros y brillantes que trepaban unos sobre otros intentando salir de la bolsa.

—No —respondió Coraline—. No me apetece.

—Como quieras —dijo la otra madre.

Escogió con cuidado uno especialmente grande, le arrancó las patas (que depositó en un gran cenicero de cristal que había sobre la mesita cercana al sofá) y se metió el escarabajo en la boca. A continuación, lo masticó muy feliz.

—¡Hum! —exclamó saboreándolo, y tomó otro.

—Estás enferma —afirmó Coraline—. Estás enferma y eres mala y rara.

—¿Crees que ésa es manera de hablarle a tu madre? —le preguntó la otra madre con la boca llena de escarabajos.

—Tú no eres mi madre —repuso la niña.

La otra madre pasó por alto el comentario.

—Me parece que estás un poco alterada, Coraline. Esta tarde tal vez deberíamos bordar algo o pintar acuarelas. Después cenaremos y, si te portas bien, puedes jugar con las ratas antes de acostarte. Te leeré un cuento, te arroparé y te daré un beso de buenas noches.

Sus largos dedos blancos revolotearon con gracia, como una mariposa cansada, y Coraline se estremeció.

—No —dijo la niña.

La otra madre se acomodó en el sofá. Su boca, con los labios fruncidos, formaba una línea. Comía un escarabajo detrás de otro, como si fuesen pasas cubiertas de chocolate. Sus grandes ojos de botones negros

permanecían clavados en los ojos de color avellana de Coraline. El cabello, negro y brillante, serpenteaba y se le enroscaba en torno al cuello y los hombros, como si soplase un viento que Coraline no podía notar.

Se miraron durante casi un minuto. Luego, la otra madre exclamó:

—¡Qué mala educación!

Dobló el paquete de papel blanco con cuidado para que los escarabajos no escapasen, y lo metió en la bolsa de la compra. Después se irguió más y más: a Coraline le parecía más alta que antes. Rebuscó en el bolsillo de su delantal y sacó la llave negra, la miró con el entrecejo fruncido y la tiró a la bolsa; a continuación, sacó una llavecita plateada y la mostró con aire triunfante.

—Ya está —dijo—. Esto es para ti, Coraline. Es por tu propio bien y porque te quiero, para enseñarte buenos modales. Al fin y al cabo, la conducta forma a la persona.

Arrastró a Coraline hasta el vestíbulo y ambas se dirigieron al espejo que estaba al fondo. Luego la mujer introdujo la llavecita en el espejo y la giró.

Se abrió entonces una puerta, tras la cual había un espacio oscuro.

—Saldrás cuando hayas aprendido a comportarte —anunció la otra madre— y cuando estés dispuesta a ser una hija cariñosa.

Agarró a Coraline y la empujó hacia el espacio borroso que había detrás del espejo. De su labio inferior colgaba un trozo de escarabajo, y sus ojos de botones carecían totalmente de expresión.

Después cerró la puerta del espejo de golpe y dejó a Coraline en la oscuridad.

7

Coraline sintió que las lágrimas brotaban en su interior, pero las contuvo antes de que se convirtiesen en llanto: respiró profundamente y la sensación de congoja desapareció. Extendió las manos para palpar el espacio en el que estaba prisionera. Era como un armario escobero: la altura permitía sentarse o estar de pie, pero no tenía anchura suficiente para tumbarse.

Una de las paredes era de cristal, y al tocarla percibió su frialdad.

Recorrió el minúsculo recinto por segunda vez, palpando las superficies que se hallaban a su alcance con el afán de encontrar el pomo de una puerta, un interruptor o cerraduras ocultas, algún medio para salir de allí, pero no había ninguno.

Sofocó un grito cuando notó que una araña correteaba por el dorso de su mano. Sin contar a la araña, se encontraba completamente sola en el armario, oscuro como boca de lobo.

Pero entonces tocó lo que le pareció la cara y los labios de alguien, algo pequeño y frío; y una voz le susurró al oído:

—¡Silencio! ¡Chis! ¡No diga nada, la vieja bruja puede estar escuchando!

Coraline no dijo nada.

Sintió el contacto de una mano fría sobre el rostro: los dedos la palparon con toques suaves, como si fuesen las alas de una mariposa nocturna.

Otra voz, titubeante y tan débil que Coraline se preguntó si no sería producto de su imaginación, dijo:

—¿Está… está viva de verdad?

—Sí —susurró Coraline.

—¡Pobrecilla! —exclamó la primera voz.

—¿Quiénes sois? —murmuró Coraline.

—¡Nombres, nombres, nombres! —dijo otra voz muy remota y perdida —. Los nombres son lo primero que desaparece cuando se extingue el aliento y el corazón deja de latir. Los recuerdos permanecen en nosotros más que los nombres. Mi memoria aún conserva imágenes de una mañana de mayo en la que mi institutriz llevaba mi aro de jugar y el sol se reflejaba en su espalda mientras la brisa mecía los tulipanes. Pero he olvidado el nombre de mi institutriz y los de los tulipanes.

—No creo que los tulipanes tengan nombres —comentó Coraline—. Son sólo tulipanes.

—Quizá —respondió la voz con tristeza—. Pero siempre he pensado que esos tulipanes merecían tener nombres. Eran rojos, naranjas y rojos, rojos, naranjas y amarillos, como las brasas de la chimenea de la habitación de los niños una tarde de invierno. Los recuerdo bien.

La voz era tan triste que Coraline extendió una mano hacia el lugar del que procedía; entonces encontró una mano fría y la estrechó con firmeza.

Sus ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad. Coraline vio, o imaginó haber visto, tres figuras tenues y pálidas como la luna durante el día. Parecían niños de su estatura. La mano fría le devolvió el apretón.

—Gracias —dijo la voz.

—¿Eres una niña o un niño? —preguntó Coraline.

Hubo una pausa.

—En mi primera infancia llevaba faldas y tenía el pelo largo y rizado —respondió con tono de duda—. Pero, ahora que lo pregunta, me parece que un día me quitaron las faldas, me pusieron pantalones y me cortaron el pelo.

—No es un tema que nos preocupe —comentó la primera voz.

—Tal vez sea un chico —continuó la figura a la que daba la mano—. Sí, creo que era un niño. —Y brilló con un poquito más de intensidad en la oscuridad de la habitación que había detrás del espejo.

—¿Qué os pasó? —les preguntó Coraline—. ¿Cómo llegasteis hasta aquí?

—Ella nos dejó en este lugar —respondió una voz—. Nos robó el corazón, nos arrebató el alma, se llevó nuestras vidas, nos abandonó en las tinieblas y se olvidó de nosotros.

—¡Pobrecitos! —exclamó Coraline—. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—Mucho, muchísimo tiempo —contestó otra voz.

—Sí. Es imposible calcular cuánto —añadió otra más.

—Yo crucé la puerta de la cocina —comentó la voz del que podría ser un niño— y me encontré en el salón. Ella me estaba esperando. Me dijo que era mi otra mamá y nunca volví a ver a la verdadera.

—¡Huya! —la apremió la primera voz, que Coraline supuso que pertenecía a una niña—. Huya mientras tenga aire en los pulmones, sangre en las venas y calor en el corazón. Huya antes de que pierda la mente y el alma.

—No voy a escapar —repuso Coraline—. Ella tiene a mis padres y he venido a recuperarlos.

—Sí, pero la retendrá aquí mientras los días se convierten en polvo, caen las hojas y los años pasan uno tras otro como el tictac de un reloj.

—No —lo rebatió Coraline—. No lo hará.

En la habitación de detrás del espejo se hizo el silencio.

—Si usted puede arrancar a sus padres —dijo una voz en la oscuridad— de las garras de la vieja bruja, quizá por ventura pueda liberar también nuestras almas.

—¿Os las ha quitado? —le preguntó Coraline espantada.

—Sí, y las ha escondido.

—Por eso no pudimos salir de aquí, ni siquiera después de morir. Nos retuvo y se alimentó de nosotros hasta que no quedó ningún resto, sólo pieles de serpientes y cáscaras de arañas. Busque nuestros corazones ocultos, pequeña dama.

—¿Y qué os ocurrirá si lo hago? —quiso saber Coraline. Las voces no respondieron—. ¿Y qué hará conmigo? —continuó.

Las pálidas figuras latieron débilmente. Coraline supuso que no eran más que ilusiones visuales, como el resplandor que una luz brillante deja en los ojos una vez que se apaga.

—No le dolerá —susurró una vocecita tenue.

—Se apropiará de su vida, de lo que es y de todo lo que le interesa, y le dejará sólo niebla y bruma. Se llevará su alegría. Un día, cuando despierte,

no tendrá ni alma ni corazón. Será usted una cáscara, una voluta de humo, y se convertirá en un sueño al despertar o en el recuerdo de algo olvidado.

—Hueco —susurró la tercera voz—. Hueco, hueco, hueco, hueco, hueco.

—Debe huir —gimió débilmente la primera voz.

—Creo que no —repuso Coraline—. He intentado escapar y no ha dado resultado. Se ha llevado a mis padres. ¿Podéis decirme cómo se sale de esta habitación?

—Si lo supiéramos, se lo diríamos.

—Pobrecitos —dijo Coraline para sí.

Se sentó. Se quitó el suéter, lo dobló y se lo puso detrás de la cabeza a modo de almohada.

—No va a retenerme en la oscuridad para siempre —comentó Coraline —. Me trajo aquí para jugar. El gato dijo que se trataba de juegos y desafíos. Pero no veo ningún desafío en esta oscuridad —añadió, intentando acomodarse: se retorció y se dobló en el reducido espacio que había detrás del espejo.

Su estómago comenzó a rugir. Se comió la última manzana a pequeños mordiscos para que durase más tiempo. Cuando acabó, seguía teniendo hambre.

Entonces se le ocurrió una idea.

—Cuando venga a soltarme, ¿por qué no venís conmigo los tres? —susurró.

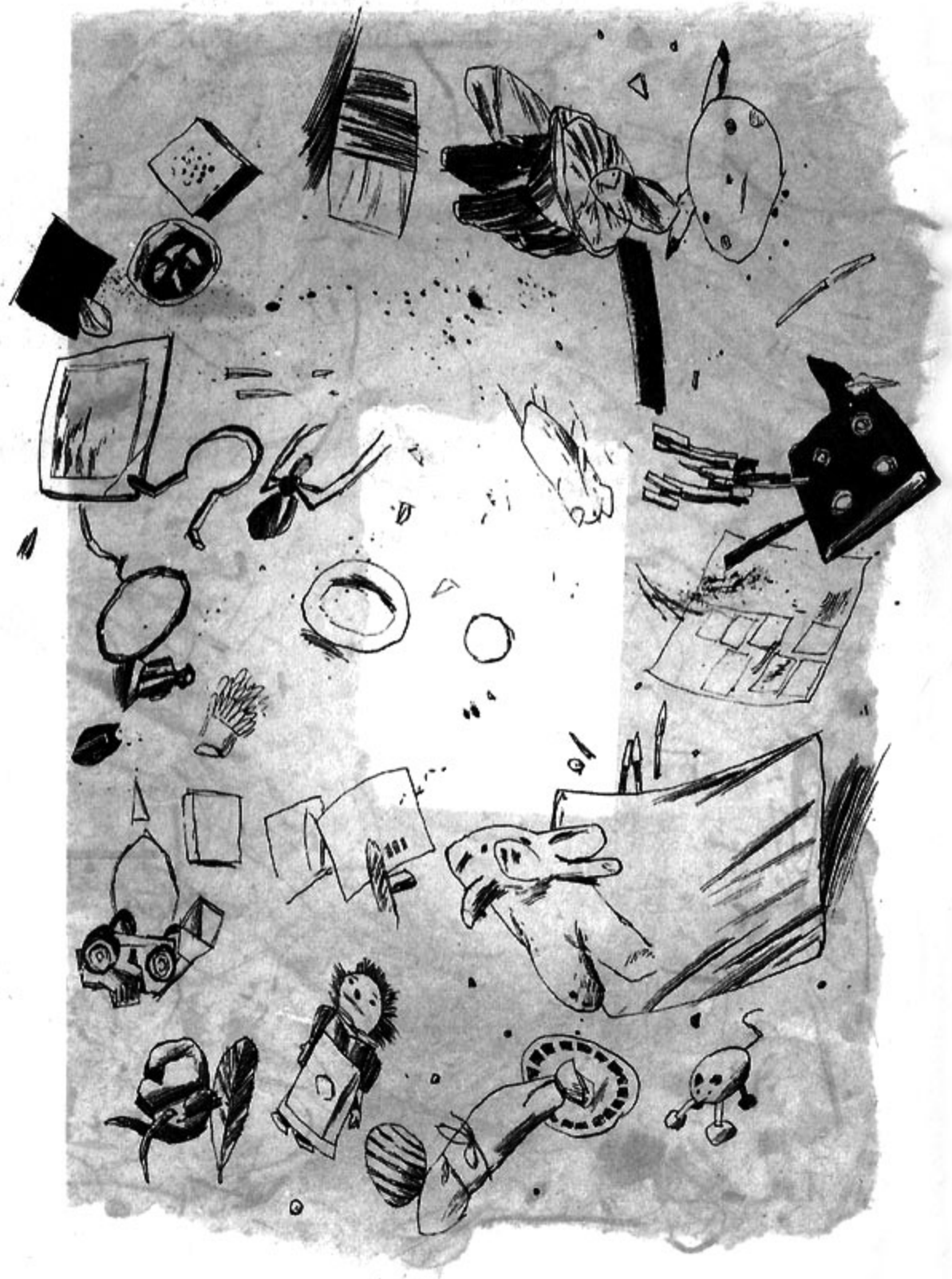
—Ojalá pudiésemos —suspiraron sus voces ausentes—, pero tiene nuestros corazones en su poder. Pertenecemos a la oscuridad y a los lugares vacíos. La luz nos marchita y nos abrasa.

—¡Oh! —exclamó Coraline.

Cerró los ojos y la oscuridad se hizo aún más oscura. Colocó la cabeza sobre el suéter doblado y se dispuso a dormir. Cuando estaba medio dormida le pareció que un fantasma le daba un beso en la mejilla con ternura, y que una vocecita le susurraba al oído, una voz tan débil que apenas se oía, algo suave y tenue que habló en un tono tan bajo que la niña pensó que era producto de su imaginación:

—Mire a través de la piedra —le dijo.

Y luego se quedó dormida.



8

La otra madre tenía mejor aspecto que nunca: sus mejillas lucían un ligero colorete y los cabellos ondeaban como si fuesen serpientes perezosas en un día de calor. Parecía que acababa de sacar brillo a sus ojos de botones negros.

Atravesó el espejo, como quien se abre paso entre las aguas, y miró a Coraline. Después de abrir la puerta con la llavecita de plata, la tomó en brazos, al igual que hacía su verdadera madre cuando era muy pequeña, y meció a la niña semidormida como si fuese un bebé.

La otra madre llevó a Coraline a la cocina y la depositó con mucho cuidado sobre la mesa.

Coraline intentó despertarse: tenía la vaga idea de que la habían abrazado y acariciado, y quería más, hasta que se dio cuenta de dónde y con quién estaba.

—No pasa nada, Coraline, cariño mío —dijo la otra madre—. Te he sacado del armario. Necesitabas una lección, pero sabemos templar la justicia con la misericordia. Odiamos el pecado, pero amamos al pecador. Has de ser una niña buena que quiere a su madre, así que sé obediente y habla con educación, y nos entenderemos perfectamente y nos querremos como debe ser.

Coraline se frotó los ojos para disipar las telarañas del sueño.

—Hay más niños allí —dijo—, muy viejos, de hace mucho tiempo.

—¿Allí dónde? —le preguntó la otra madre. Parecía muy ajetreada entre las cazuelas y el frigorífico, del que sacó huevos, queso, mantequilla y un paquete de rosadas lonchas de beicon.

—Allí, donde estaba —contestó Coraline—. Creo que pretendes convertirme en uno de ellos, en una concha muerta.

La otra madre sonrió amablemente. Con una mano echó los huevos en un cuenco, y con la otra los removió y los batió. Luego, en una sartén puso una porción de mantequilla, que burbujeó y dio vueltas al añadir finas lonchas de queso. A continuación, echó la mezcla de mantequilla y queso sobre los huevos batidos, y la removió bien.

—Me parece que te estás poniendo un poco tonta, cielo —dijo la otra madre—. Te quiero y siempre te querré. Nadie medianamente sensato cree en los fantasmas… porque son unos mentirosos empedernidos. Mira qué desayuno tan delicioso te estoy preparando. —Volcó la mezcla amarilla en la sartén—. Tortilla de queso, tu favorita.

A Coraline se le hizo la boca agua.

—Te gustan los juegos, ¿no? —comentó la niña—. Al menos eso me han contado.

Los ojos negros de la otra madre relampaguearon.

—A todo el mundo le gustan los juegos —dijo a modo de respuesta.

—Sí —confirmó Coraline, bajando de la mesa para sentarse a comer.

El beicon chisporroteaba y se doraba en la parrilla. Olía muy bien.

—¿No te gustaría ganarme con todas las de la ley? —le preguntó Coraline.

—Es posible —contestó la otra madre. Aparentaba indiferencia, pero sus dedos se crisparon y comenzaron a tamborilear, y se humedeció los labios con la lengua de color escarlata—. ¿Qué me ofreces en concreto?

—A mí misma —dijo la niña apretando las rodillas por debajo de la mesa para que no temblasen—. Si pierdo, me quedaré contigo para siempre y dejaré que me quieras. Seré la hija más obediente del mundo: comeré tu comida y jugaremos al juego de las familias. Y permitiré que me cosas botones en los ojos.

La otra madre se quedó mirándola sin mover los negros botones.

—Suena muy bien —reconoció—. ¿Y si no pierdes?

—En ese caso me dejas marchar. Nos dejas marchar a todos: a mis verdaderos padres, a los niños muertos, a todos los que tienes atrapados aquí.

La otra madre sacó el beicon de la parrilla y lo puso en un plato, en el cual deslizó también la tortilla de queso que estaba en la sartén, tras darle

una vuelta para que tomase la forma perfecta.

Colocó el plato del desayuno ante Coraline, junto con un vaso de zumo de naranjas recién exprimidas y un tazón de chocolate caliente y espumoso.

—Sí —admitió—. Creo que me gusta. Pero ¿de qué juego se trata? ¿Es una adivinanza, un examen de conocimientos o de habilidades?

—Un juego de explorar —anunció Coraline—, de descubrir cosas.

—¿Y qué crees que vas a descubrir jugando al escondite, Coraline Jones?

Coraline dudó.

—A mis padres —dijo al fin—, y las almas de los niños que están detrás del espejo.

La otra madre esbozó una sonrisa triunfante y Coraline se preguntó si había hecho la elección correcta. De todos modos, ya era tarde para volverse atrás.

—Trato hecho —afirmó la mujer—. Ahora cómete el desayuno, cariño. No te preocupes…, no te hará daño.

Coraline miró el desayuno y se odió a sí misma por ceder tan fácilmente, pero estaba hambrienta.

—¿Cómo voy a saber que mantendrás tu palabra? —le preguntó la niña.

—Lo juro. Lo juro sobre la tumba de mi madre.

—¿Tiene tumba?

—Claro que sí. Yo misma la puse allí, y cuando intentó escabullirse, la volví a enterrar.

—Júralo sobre otra cosa para que me fíe de tu palabra.

—Por mi mano derecha —dijo la otra madre levantándola. Movió los largos dedos lentamente y exhibió unas uñas semejantes a garras—. Lo juro por esto.

Coraline se encogió de hombros.

—De acuerdo —aceptó—. Trato hecho.

Se comió el desayuno procurando no zamparlo de golpe. Tenía más hambre de lo que pensaba.

La otra madre la observó mientras comía. Era difícil descubrir la expresión de los ojos de botones negros, pero a Coraline le pareció que la mujer también estaba hambrienta.

Se bebió el zumo de naranja, y aunque le hubiese gustado, no se sintió con valor suficiente para tomar el chocolate.

—¿Por dónde empiezo a buscar? —preguntó Coraline.

—Por donde quieras —contestó la otra madre como si no le importase lo más mínimo.

Coraline la miró y se puso a pensar. Decidió que era inútil explorar el jardín y los alrededores, ya que no existían, no eran reales. En el mundo de la otra madre no había una cancha de tenis abandonada ni un pozo sin fondo. Lo único real era la casa.

Echó un vistazo a la cocina: abrió el horno, escudriñó el congelador, hurgó en el compartimento de verduras del frigorífico. La otra madre la seguía, contemplándola con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¿De qué tamaño son las almas? —le preguntó Coraline.

La mujer se sentó ante la mesa de la cocina y se apoyó en la pared, sin decir nada. Se tocó los dientes con una larga uña pintada con esmalte carmesí, y luego dio golpecitos suaves con el dedo, «tap, tap, tap», sobre la brillante superficie de sus ojos de botones negros.

—Muy bien —repuso Coraline—. No me lo digas. No importa. Me da igual que me ayudes o no. Todo el mundo sabe que las almas son del tamaño de un balón de playa.

Esperaba que la otra madre dijese algo como «Tonterías, son como las cebollas maduras, o como maletas, o como los relojes de pared», pero se limitó a sonreír y a seguir toqueteándose el ojo con el dedo, de forma constante e incansable, como si fuese el goteo del grifo de un fregadero.

Y entonces Coraline se dio cuenta de que lo que oía era realmente el ruido del agua y de que se hallaba sola en la cocina.

La niña se estremeció. Prefería que la otra madre estuviera visible: si no estaba en ningún sitio, podía estar en cualquier parte. Y, además, tememos más lo que no vemos. Se metió las manos en los bolsillos y cerró los dedos en torno a la tranquilizadora piedra agujereada. La sacó del bolsillo, se la puso delante de los ojos como si sostuviese una pistola y se dirigió al vestíbulo.

Lo único que se oía era el goteo del agua en el fregadero de metal.

Contempló el espejo del fondo. Durante un instante se empañó y le pareció que sobre el cristal flotaban rostros borrosos y difusos, pero enseguida desaparecieron y no quedó más que una niña, demasiado pequeña para su edad, que sostenía algo que emitía suaves destellos, como si fuese carbón verde.

Coraline se miró la mano con sorpresa y vio tan sólo una piedra con un agujero en medio, un guijarro de anodino color marrón. Después volvió a mirar el espejo, en el que la piedra resplandecía como una esmeralda: de ella salía una estela de fuego verde que conducía a la habitación de Coraline.

—¡Hum! —exclamó ella.

Se dirigió a su cuarto. Los juguetes revolotearon excitados cuando entró, como si estuviesen contentos de verla, y de la caja salió un pequeño carro de combate que la saludó tras rodar sobre otros juguetes. Cayó al suelo y quedó tirado sobre la alfombra, como un escarabajo patas arriba, rechinando las bandas rodantes hasta que Coraline lo recogió y le dio la vuelta; entonces el tanque se escabulló bajo la cama avergonzado.

Coraline registró la habitación.

Miró en los armarios y en los cajones. Después, cogió la caja de los juguetes por un lado y la volcó sobre la alfombra: los juguetes resonaron, se estiraron y se movieron con torpeza. Una canica gris rodó por el suelo hasta chocar con la pared. Coraline pensó que ningún juguete tenía aspecto de alma. Examinó una pulsera de plata con dijes en forma de minúsculos animalitos que se perseguían unos a otros: el zorro nunca atrapaba al conejo, y el oso no podía alcanzar al zorro.

Coraline abrió la mano y observó la piedra agujereada en busca de una pista, pero no encontró ninguna. La mayoría de los juguetes se habían escabullido para esconderse debajo de la cama, y los pocos que quedaban (un soldado de plástico verde, la canica de cristal, un yoyó de color rosa chillón y otros) eran las típicas cosas que están en el fondo de las cajas de juguetes en la vida real: objetos olvidados, abandonados y rechazados.

Estaba a punto de irse para buscar en otro sitio, cuando se acordó de un suave murmullo que había oído en la oscuridad y le había dicho lo que

debía hacer. Levantó la piedra agujereada hasta la altura del ojo derecho: entonces cerró el ojo izquierdo y miró la habitación a través del agujero.

A través de la piedra, el mundo era gris e incoloro, como un dibujo a lápiz. Todo parecía gris…, no, no todo: en el suelo brillaba algo, algo semejante a una brasa en la chimenea del cuarto de los niños, del color de un tulipán naranja y escarlata meciéndose bajo el sol de mayo. Coraline alargó la mano izquierda, sin apartar la vista del objeto por miedo a que desapareciese, y agarró titubeante aquella cosa encendida.

Cerró los dedos en torno a algo suave y frío, lo sujetó bien y se decidió a apartar la vista de la piedra agujereada y a mirar hacia abajo. En la rosada palma de la mano tenía la aburrida canica de cristal gris que había quedado en el fondo de la caja de los juguetes. Volvió a alzar la piedra y observó la canica a través del agujero: ardía y emitía destellos de fuego rojo.

Una voz susurró dentro de su cabeza: «En realidad, señora, creo que yo era un niño, ahora que lo pienso bien. Oh, pero debe darse prisa. Aún hay que encontrar a otros dos, y la vieja bruja se ha enfadado mucho porque usted me ha descubierto».

«Si he de hacer esto —pensó Coraline—, no quiero llevar su ropa». Se cambió y se puso su pijama, la bata y las zapatillas, y dejó el suéter gris y los vaqueros negros cuidadosamente doblados sobre la cama, y las botas naranja en el suelo, junto a la caja de los juguetes.

Se guardó la canica en el bolsillo de la bata y fue al vestíbulo.

Algo la picó y le escoció en la cara y las manos, como si se tratase de remolinos de arena en la playa en un día de viento. Se tapó los ojos y siguió adelante.

La arena era cada vez más irritante y resultaba muy difícil avanzar, como si anduviese contra el aire un día de vendaval. Era un viento frío y cruel.

Dio un paso atrás con intención de retroceder.

«Oh, continúe andando —le susurró una voz fantasmal al oído—. La vieja bruja está furiosa».

Avanzó por el vestíbulo y otra ráfaga de viento le lanzó sobre el rostro y las mejillas arena invisible, punzante como las agujas y cortante como el cristal.

—Juega limpio —le gritó Coraline al viento.

No hubo respuesta: el viento la azotó de nuevo con irritación, y luego amainó y desapareció. En medio del silencio repentino la niña oyó, al pasar ante la cocina, el goteo del agua que caía del grifo estropeado, o tal vez se tratase de las largas uñas de la otra madre tamborileando con impaciencia sobre la mesa. Coraline resistió la tentación de mirar.

En un par de zancadas se puso ante la puerta principal y salió de la casa.

Coraline bajó las escaleras y rodeó el edificio hasta que llegó a la puerta del piso de las señoritas Spink y Forcible. Las bombillas que adornaban la puerta parpadeaban al azar deletreando palabras que Coraline no entendía. La puerta estaba cerrada. Coraline temió que estuviese echado el cerrojo y la empujó con todas sus fuerzas: al principio parecía bloqueada, pero luego, de repente, cedió y Coraline se precipitó dando traspiés en la oscura habitación que había detrás.

La niña cerró la mano sobre la piedra agujereada y se internó en la oscuridad. Esperaba encontrar una antesala encortinada, pero no había nada. La sala estaba oscura, y el teatro, vacío. Avanzó con cautela y algo crujió sobre ella. Alzó la vista y la oscuridad se hizo más densa, como ocurría cuando tropezaba con algo. Se agachó, tomó una linterna y, al encenderla, un rayo de luz barrió la habitación.

El teatro estaba abandonado y en ruinas. Las butacas se hallaban rotas en el suelo, y telarañas viejas y polvorientas cubrían las paredes y colgaban de las maderas podridas y de los ajados cortinajes de terciopelo.

Algo volvió a crujir. Coraline enfocó hacia el techo: había seres gelatinosos y sin pelo. Pensó que en otro tiempo habrían tenido caras y que, tal vez, hubiesen sido perros. Pero los perros no tenían las alas de los murciélagos ni colgaban cabeza abajo como las arañas y los murciélagos.

La luz asustó a las extrañas criaturas: una de ellas se lanzó al aire y sus alas zumbaron abriéndose paso con dificultad entre el polvo. Coraline la esquivó cuando se dirigió hacia ella. Por fin, el animal se posó en una pared lejana y comenzó a trepar patas arriba hacia el nido de los perros-murciélago del techo.

La niña se llevó la piedra a los ojos y escudriñó la habitación por el agujero, buscando algo brillante o reluciente, un signo que le revelara que

en algún lugar había otra alma escondida. Recorrió el recinto con la luz de la linterna, que parecía casi sólida por la espesa capa de polvo que flotaba en el aire.

En la pared del escenario en ruinas había algo: era de color blanco grisáceo, doblaba el tamaño de Coraline y estaba adherido a la pared como si fuese una babosa. La niña respiró profundamente: «No estoy asustada —se dijo a sí misma—, no lo estoy». Aunque no se creyó eso ni por un momento, se obligó a subir a gatas al viejo escenario. Al darse impulso para trepar, los dedos se le hundieron en la madera podrida.

Cuando se aproximó al objeto de la pared, observó que se trataba de una especie de saco, como la cápsula de una larva de araña, que se crispó al recibir el impacto de la luz. Dentro había algo que parecía una persona, una persona con dos cabezas y el doble de brazos y piernas de lo normal.

La criatura del saco ofrecía un horrible aspecto informe e inacabado, como si se hubiese unido dos seres de plastilina aplastándolos para convertirlos en uno solo.

Coraline dudó: no quería acercarse a aquello. Los perros-murciélago comenzaron a caer del techo, uno a uno, formando un círculo en torno a ella, aunque sin tocarla.

«Quizá no haya almas ocultas aquí —pensó— y sea mejor que lo deje y vaya a otro sitio». Dio un último vistazo a través del agujero: el teatro abandonado seguía siendo de un gris sombrío, pero había un resplandor marrón, hermoso y brillante como la madera de cerezo recién lustrada, que procedía del interior del saco. La cosa adherida a la pared sostenía el misterioso y reluciente objeto en una mano.

Coraline recorrió con lentitud el húmedo escenario, procurando hacer el menor ruido posible, pues temía que, si molestaba a la criatura del saco, ésta abriría los ojos, la vería, y entonces…

Sin embargo, no ocurrió nada espeluznante. El corazón le latía con fuerza, y avanzó otro paso.

Nunca se había sentido tan asustada, pero siguió caminando hasta que llegó al saco y luego introdujo la mano en la blancura pegajosa y repulsiva de la sustancia de la pared. Cuando la empujó, crujió levemente, como un fuego pequeñito, y se le pegó a la piel y a la ropa como se pegan las

telarañas, como el algodón de azúcar. Metió la mano y la alzó hasta que tocó una mano fría que aferraba otra canica de cristal. La piel de aquella criatura era resbaladiza, como si estuviese impregnada de gelatina. Coraline tiró de la canica.

Al principio no pasó nada, la canica siguió en poder de la criatura. Pero después los dedos aflojaron la presión uno a uno y la canica cayó en la mano de Coraline. Retiró el brazo de la pegajosa red, aliviada al comprobar que aquel ser no había abierto los ojos. Alumbró los rostros del interior con el foco: parecían versiones jóvenes de las señoritas Spink y Forcible, mezcladas y apretadas como dos trozos de cera derretidos y amalgamados en una cosa horrenda.

Sin previo aviso, la mano de la criatura agarró el brazo de Coraline y sus uñas la arañaron, pero era demasiado resbaladiza para sujetar algo, de modo que la niña retiró el brazo enseguida. Entonces la criatura abrió los ojos: cuatro botones negros centellearon y la miraron; y dos voces que no se parecían a ninguna voz conocida hablaron con Coraline. Una de ellas gemía y susurraba, mientras la otra zumbaba como un moscardón furioso contra el cristal de una ventana. Las voces hablaban como si perteneciesen a una sola persona:

—¡Ladrona! ¡Devuélvela! ¡Basta! ¡Ladrona!

El aire se llenó de perros-murciélago y Coraline comenzó a retroceder. Se dio cuenta de que, a pesar de su terrible aspecto, la larva de la pared que encerraba a las que en otra época habían sido las señoritas Spink y Forcible estaba adherida al muro por su red, envuelta en su capullo, y, por tanto, no podía perseguirla.

Los perros-murciélago se agitaron y revolotearon a su alrededor, pero no le hicieron el menor daño. Coraline bajó del escenario e iluminó el viejo teatro con la linterna en busca de la salida.

«Huya, señorita. —Una voz de niña gimió dentro de su cabeza—. Huya de una vez. Ya nos tiene a dos. Escape de este lugar mientras tenga sangre en las venas».

Coraline guardó la canica en el bolsillo, junto a la otra. Encontró la puerta, corrió hacia ella y la empujó hasta que consiguió abrirla.

9

El mundo exterior se había convertido en informes remolinos de niebla desprovistos del menor rastro de vida, y parecía que la casa se hubiese retorcido y estirado. A Coraline le dio la sensación de que estaba agazapada, y la miró como si no fuese una casa de verdad, sino la representación de una casa. Estaba segura de que la persona que había creado esa representación no era una buena persona. Una pegajosa telaraña se le había quedado enganchada en el brazo y se la sacudió como pudo. Las ventanas grises de la casa se inclinaban formando ángulos extraños.

La otra madre la esperaba sobre la hierba con los brazos cruzados. Sus ojos de botones negros carecían de expresión, pero los labios estaban firmemente apretados en un gesto de fría cólera.

Cuando vio a Coraline, alargó una gran mano blanca e hizo una seña con un dedo. La niña caminó hacia ella, que se mantenía callada.

—Tengo dos almas —afirmó Coraline—. Pero aún me falta una. —La expresión de la otra madre no cambió, como si no hubiese oído a la niña—. Bueno, pensé que te interesaría saberlo.

—Gracias, Coraline —respondió la otra madre gélidamente, con una voz que no salía de su boca, sino de la niebla, de la bruma, de la casa, del cielo—. Ya sabes que te quiero —añadió.

Y Coraline asintió, muy a su pesar. Era cierto: la otra madre la quería. Pero la quería igual que un avaro ama su dinero o un dragón su tesoro. En los ojos de botones de la otra madre sólo había afán de posesión, y Coraline sabía que la veía como un cachorrito consentido que pronto deja de tener gracia.

—Yo no quiero tu amor —repuso la niña—. Yo no quiero nada tuyo.

—¿Ni siquiera una ayuda? He de reconocer que lo has hecho muy bien, pero se me ha ocurrido que podrías necesitar una pequeña pista que te guiase en la búsqueda del tesoro.

—Me las arreglo muy bien solita —contestó Coraline.

—Ya lo sé —dijo la otra madre—. Pero cuando quieras entrar a investigar en el piso de la parte delantera, el que está vacío, vas a encontrar la puerta cerrada con llave, ¿y qué piensas hacer entonces?

—Oh. —Coraline consideró el asunto durante unos momentos, y luego preguntó—: ¿Existe la llave?

La mujer se hallaba en medio de aquella niebla, semejante a papel gris, que envolvía el mundo arrasado. Su cabello negro ondeaba en torno a su cabeza como si tuviese ideas y vida propias. De repente, una tos profunda le sacudió la garganta y abrió la boca.

La otra madre levantó una mano y se sacó de la lengua una llavecita de latón perteneciente a la puerta principal.

—Aquí está —afirmó—. La necesitas para entrar.

Con aire despreocupado le lanzó la llave a Coraline, que la recogió con una mano sin que le diese tiempo a pensar si la quería o no. La llave estaba ligeramente húmeda.

Un viento helado las azotó, y la niña se estremeció y apartó la vista. Cuando volvió a mirar, se encontraba sola.

Entonces se dirigió indecisa a la parte delantera de la casa, hasta la puerta del piso vacío, que estaba pintada de verde brillante, como todas las demás.

«Ella no tiene buenas intenciones —le susurró una voz fantasmal al oído—. No creemos que quiera ayudarla. Debe de ser una trampa».

La puerta se abrió de pronto sigilosamente, y Coraline entró sin hacer ruido.

Las paredes del piso eran del color de la leche rancia. Las tablas de madera del suelo estaban descubiertas y polvorientas, mostrando las marcas de antiguas alfombras y esterillas.

No había muebles, sólo las huellas de los lugares que habían ocupado en otro tiempo. Las paredes estaban desnudas, y únicamente rectángulos descoloridos señalaban aquellos puntos en los que antaño se habían colgado

cuadros y fotografías. El silencio era tal que Coraline pensó que podía oír las motas de polvo que flotaban en el aire.

Para disipar la repentina preocupación de que algo surgiera y la asaltara, comenzó a silbar. Le parecía más improbable que las cosas se presentasen de improviso si silbaba.

Recorrió en primer lugar la cocina vacía. Luego, un cuarto de baño también vacío en el que sólo había una bañera de hierro fundido con una araña muerta, del tamaño de un gato pequeño, en su interior. La última habitación que visitó le dio la impresión de que había sido un dormitorio: sobre la polvorienta sombra rectangular que cubría las tablas del suelo podía haber estado una cama. Entonces vio algo que le arrancó una sonrisa forzada: entre las tablas había un gran anillo de metal. Coraline se arrodilló, lo cogió y tiró de él con todas sus fuerzas.

Un cuadrado de suelo con bisagras se levantó con enorme lentitud, rígido y pesado: era una trampilla. A través de la abertura, Coraline distinguía sólo oscuridad. Se agachó y encontró un interruptor. Lo pulsó sin hacerse ilusiones de que funcionase, pero en algún lugar, bajo sus pies, se encendió una bombilla y una débil luz amarilla se filtró por el agujero. Sólo vislumbró unos peldaños que bajaban, nada más.

Coraline metió la mano en el bolsillo y sacó la piedra agujereada. Miró el sótano a través del orificio, pero no vio nada y volvió a guardar la piedra.

Por la trampilla subía un olor a arcilla húmeda y a algo más, un tufo acre y agrio como el vinagre.

Coraline se introdujo en la abertura de la trampilla mirándola con aprensión: era tan pesada que si se caía estaba segura de que quedaría atrapada en la oscuridad para siempre. Levantó una mano, la tocó y comprobó que se mantenía firme. Luego se volvió hacia la oscuridad y bajó los escalones, a cuyo pie había otro interruptor, metálico y chirriante. Lo agarró hasta que consiguió moverlo y se encendió una bombilla desnuda que colgaba de un cable del techo bajo. La luz era tan débil que Coraline no podía distinguir las pinturas de las desconchadas paredes del sótano. Parecían dibujos primitivos: pudo ver unos ojos y unas cosas que tal vez fuesen uvas, con otras cosas debajo. La niña no podía saber con certeza si había retratos.

En una esquina de la sala vio un montón de desperdicios: cajas de cartón llenas de papeles mohosos y una pila de cortinas podridas.

Las zapatillas de Coraline crujieron sobre el suelo de cemento. Allí olía peor. Estaba a punto de dar la vuelta y marcharse cuando vio un pie que sobresalía bajo el montón de cortinas.

Respiró hondo (el tufo a vino agrio y pan enmohecido se le subió a la cabeza) y tiró del húmedo tejido dejando al descubierto algo del tamaño y la forma de una persona.

Con aquella luz tenue le costó varios segundos saber de qué se trataba: era un ser pálido e hinchado como un gusano, con extremidades delgadas como palos. El rostro, redondo y deforme como la masa de pan, carecía de formas.

La cosa tenía dos grandes botones negros en lugar de ojos.

Coraline hizo un ruido, una expresión de asco y horror, y la cosa comenzó a incorporarse como si al oírla hubiese despertado. La niña se quedó paralizada. El ser movió la cabeza hasta que los ojos de botones negros la miraron frente a frente. En la cara sin rasgos se abrió una boca, de cuyos labios colgaban hilillos de una sustancia blanquecina y pegajosa, y una voz que recordaba muy remotamente a la de su padre susurró:

—Coraline.

—Bueno —le dijo ésta a lo que había sido su otro padre—, al menos no has saltado sobre mí.

Las manos de la criatura, semejantes a ramitas, se acercaron a la cara y manipularon su pálida arcilla, formando una especie de nariz que no emitió ningún ruido.

—Estoy buscando a mis padres —afirmó Coraline—, o al alma robada de uno de los niños. ¿Están aquí?

—Aquí abajo no hay nada —respondió la lívida criatura confusamente —, nada más que polvo, humedad y olvido.

Aquella cosa era blanca y enorme y estaba hinchada. «Monstruosa — pensó Coraline— y triste». La miró a través de la piedra agujereada: nada. La cosa decía la verdad.

—Pobrecito —se compadeció—. Apuesto a que te ha encerrado aquí abajo como castigo por hablar demasiado.

La cosa dudó, pero luego asintió. Coraline se preguntó cómo era posible que hubiese pensado que aquel ser agusanado se parecía a su padre.

—Lo siento mucho —añadió.

—No está muy contenta —comentó lo que había sido su otro padre—. En realidad, no está nada contenta. La has sacado de sus casillas. Y cuando se desquicia, la paga con quien sea. Es su forma de ser.

Coraline acarició la calva cabeza. La piel era pegajosa, como la masa caliente.

—Pobre —dijo—. Sólo eres algo que hizo y después tiró.

La cosa asintió vigorosamente con la cabeza. Al moverla, el botón de su ojo izquierdo se cayó y repiqueteó sobre el suelo de hormigón. La cosa miró a su alrededor con su único ojo y gesto estúpido, como si también hubiese perdido a Coraline. Por fin la vio, y entonces, realizando un gran esfuerzo, volvió a abrir la boca y dijo con voz llorosa y apremiante:

—Corre, chiquilla. Abandona este lugar. Ella quiere que te haga daño y te retenga aquí para siempre, así tú nunca terminarás el juego y ella vencerá. Me está presionando mucho para que te haga daño, y yo no puedo luchar contra ella.

—Claro que puedes —repuso Coraline—. Sé valiente.

La niña echó un vistazo a su alrededor: la cosa que había sido su otro padre se interponía entre ella y la escalera que llevaba a la trampilla. Coraline comenzó a caminar pegada a la pared. La cosa se retorció, blanda y sin huesos, y la observó con su único ojo. Parecía más grande y despierta.

—Por desgracia —se quejó—, no puedo.

Y en ese momento se abalanzó sobre ella con la desdentada boca completamente abierta.

Coraline reaccionó al instante. Sólo podía hacer dos cosas: o bien se ponía a gritar y a correr por el sombrío sótano, mientras el enorme gusano intentaba capturarla y lo conseguía, o bien se decidía por otra opción.

Y se decidió por otra opción.

Cuando la cosa se le acercó, Coraline alargó una mano hacia el único ojo que le quedaba y tiró de él con todas sus fuerzas.

Al principio no pasó nada. Luego, el botón se desprendió y rebotó contra las paredes antes de caer al suelo.

La cosa no se movió de su sitio. A ciegas echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca horriblemente y rugió de ira y frustración. Después, en un segundo, se lanzó al lugar donde había estado Coraline.

Pero la niña ya no se encontraba allí. Subía las escaleras de puntillas, procurando no hacer ruido, para alejarse lo antes posible del lúgubre sótano cuyas paredes estaban llenas de toscos dibujos. No podía apartar la vista de aquel lugar: la cosa blancuzca tropezaba y se retorcía intentando atraparla. Luego, como si alguien le hubiese dado instrucciones, la criatura dejó de moverse y ladeó su ciega cabeza.

«Está intentando oírme —pensó Coraline—. Debo quedarme muy quieta». Pero, al subir otro escalón, resbaló y la cosa la oyó.

Inclinó la cabeza hacia Coraline, y durante unos momentos se balanceó como quien está concentrado. Después, rápida como una serpiente, se deslizó hasta las escaleras y comenzó a ascender detrás de la niña, que subió corriendo frenéticamente la última media docena de escalones, y con un impulso saltó sobre el suelo polvoriento del dormitorio. Sin detenerse, agarró la pesada trampilla y la dejó caer. Cayó con estrépito, como si algo enorme se estrellase contra ella. La trampilla se sacudió y traqueteó en el suelo, pero permaneció cerrada.

Coraline respiró hondo. Si hubiese habido algún mueble en aquel piso, aunque sólo hubiese sido una silla, lo habría colocado sobre la trampilla, pero no había nada.

Salió de allí lo más rápido que pudo, aunque sin correr, y cerró con llave la puerta principal. Metió la llave debajo del felpudo y se dirigió al camino.

Se había hecho a la idea de que la otra madre estaría allí esperando a que saliera, pero el mundo estaba silencioso y vacío.

Coraline quería volver a su casa.

Se felicitó, se dijo a sí misma que era valiente y se esforzó en creerlo. Luego rodeó la casa en medio de aquella niebla gris que no era niebla, y buscó las escaleras para subir.

10

Coraline subió por las escaleras exteriores del edificio hasta el piso más alto, en el que vivía el viejo loco en el mundo real. Había ido allí una vez con su verdadera madre, cuando realizaba una colecta benéfica. Ambas se habían quedado en la entrada, esperando a que el excéntrico anciano de grandes bigotes encontrase el sobre que la madre de Coraline le había dejado: el piso olía a comidas raras, tabaco de pipa y cosas extrañas, penetrantes y pestilentes que la niña no pudo identificar. Nunca había querido pasar de la puerta.

—Soy una exploradora —dijo Coraline en voz alta, aunque sus palabras sonaron apagadas y muertas en medio de la niebla. Al fin y al cabo, había conseguido escapar del sótano, ¿verdad?

Sí, era cierto. Pero si de algo estaba segura era de que aquel piso sería peor.

Llegó a la parte superior de la casa. El piso de arriba había sido el ático del edificio mucho tiempo atrás. Llamó con los nudillos a la puerta pintada de verde. Esta se abrió de golpe y ella entró.

Tenemos nervios y ojos,
tenemos colas y dientes,
cuando subamos de los infiernos
obtendrás lo que mereces.

Eso murmuraron doce vocecitas o más en aquel piso oscuro de techo tan bajo que Coraline casi podía tocarlo.

Varios ojos rojos la observaban. Cuando se acercó, se escabulleron unas patitas rosadas. Sombras negras se movían imperceptiblemente en la

oscuridad que envolvía las cosas.

Allí olía mucho peor que en el piso real del viejo loco. El verdadero olía a comida (comida desagradable, según recordaba Coraline, pero reconocía que era cuestión de gustos: a ella no le gustaban las especias, las hierbas ni los platos exóticos). El lugar en el que se hallaba olía como si todos los platos exóticos del mundo estuviesen allí podridos.

—Chiquilla —la llamó una voz susurrante desde una habitación lejana.

—¿Sí? —respondió Coraline.

«No tengo miedo», se dijo a sí misma. Sabía que si lo pensaba bien no podía tener miedo. Allí no había nada que pudiese asustarla. Todas aquellas cosas (y también las del sótano) eran ilusiones, creaciones de la otra madre, una especie de parodia espantosa de las personas y los objetos reales. Coraline se reafirmó en la idea de que la otra madre no podía hacer nada auténtico, sólo copiar, retorcer y distorsionar lo que ya existía.

A continuación se preguntó por qué la otra madre habría colocado una bola de cristal sobre la repisa de la chimenea del salón. En el mundo real allí no había nada.

Al hacerse la pregunta, comprendió que tenía la respuesta. Pero la voz volvió a hablar e interrumpió el curso de sus pensamientos.

—Ven aquí, chiquilla. Sé lo que quieres, pequeña.

Era una voz susurrante, ronca y seca. A Coraline le recordó algún tipo de gigantesco insecto muerto, lo cual era absurdo, como ella bien sabía. ¿Cómo podía un muerto, y sobre todo un insecto, tener voz?

Atravesó varias habitaciones de techo bajo e inclinado hasta que llegó a la última. Era un dormitorio, y el otro viejo loco del piso de arriba estaba sentado en un rincón, en medio de la oscuridad, como un bulto con abrigo y sombrero. Cuando la niña entró, empezó a hablar.

—No va a cambiar nada, chiquilla —dijo con una voz que sonó como el ruido que hacen las hojas secas al crujir sobre la calzada—. ¿Y qué más da que hagas todo lo que has prometido? ¿Qué pasará entonces? No va a cambiar nada. Volverás a tu casa para aburrirte y que no te presten atención. Nadie te escuchará, nadie te ha escuchado nunca. Eres demasiado inteligente y reservada para que te entiendan. Ni siquiera pronuncian tu nombre correctamente.

»Quédate con nosotros —pidió la voz de la figura que estaba al fondo de la habitación—. Nosotros te escucharemos, jugaremos contigo y nos reiremos todos juntos. Tu otra madre construirá mundos enteros para que los explores, y los desmontará de noche, cuando los hayas recorrido. Cada nuevo día será mejor y más alegre que el anterior. ¿Te acuerdas de la caja de los juguetes? ¿No sería mucho mejor un mundo así, sólo para ti?

—¿Y habrá días grises y lluviosos en los que no sepa qué hacer, ni tenga nada que leer, ni programas que ver, ni un lugar adonde ir, y que resulten interminables? —le preguntó Coraline.

—Jamás —respondió el hombre desde las tinieblas.

—¿Y habrá comidas asquerosas, con platos de recetas raras que llevan ajo, estragón y habas?

—Las comidas serán motivo de felicidad —murmuró la voz por debajo del sombrero—. Tus labios no tendrán que probar nada que no los satisfaga plenamente.

—¿Y podré llevar guantes de color verde fosforescente y botas de agua amarillas con forma de rana?

—De rana, de pato, de rinoceronte, de pulpo…, de lo que quieras. Todas las mañanas habrá un mundo nuevo para ti. Si te quedas, tendrás todo lo que desees.

Coraline suspiró.

—Realmente no lo entiendes, ¿verdad? —repuso—. No quiero tener todo lo que deseo. Nadie lo quiere, no de verdad. ¿Dónde estaría la gracia si tuviese todo lo que quiero? Es eso y nada más, ¿y después qué?

—No lo entiendo —susurró la voz.

—Claro que no —dijo Coraline, mirando a través de la piedra agujereada—. Sólo eres una mala copia del anciano excéntrico.

—Ni siquiera eso —musitó la voz muerta.

De la gabardina del hombre, a la altura del pecho, salió un resplandor. A través de la piedra agujereada el resplandor parpadeó y emitió el brillo blanco azulado de una estrella. A Coraline le hubiese gustado tener un palo o algo semejante para tocarlo, pues no le apetecía acercarse más al viejo tenebroso del fondo de la habitación.

La niña dio un paso adelante y el hombre se desmoronó. Ratas negras saltaron de sus mangas y salieron del abrigo y de debajo del sombrero. Eran veinte o más, tenían ojos rojos que brillaban en la oscuridad, y chillaban y volaban. El abrigo osciló y cayó pesadamente al suelo, y el sombrero rodó hasta un rincón.

Coraline sacudió el abrigo con una mano. Estaba vacío, aunque al tocarlo se notaba grasiento. No había la menor señal de la última canica. Examinó la habitación a través de la piedra agujereada, y cerca de la puerta, a ras del suelo, vio algo que centelleaba y relucía como una estrella. La rata más grande lo llevaba entre las garras, y cuando Coraline la miró, se escapó.

Coraline corrió tras ella mientras los demás roedores la observaban desde las esquinas.

Las ratas corren más que las personas, y son especialmente rápidas en las distancias cortas. Pero una gran rata negra con una canica entre las patas delanteras no es rival para una niña decidida a todo (aunque sea una niña poco desarrollada para su edad). Las ratas más pequeñas se interpusieron en su camino para distraerla, pero Coraline no les hizo caso y no apartó la vista de la que tenía la canica, que se dirigía a la puerta con intención de salir del piso.

Llegaron a las escaleras exteriores del edificio.

La niña reparó en que la casa experimentaba continuos cambios y se volvía menos definida y más achatada, incluso mientras corría escaleras abajo. Parecía no una casa, sino la fotografía de una casa. Coraline se precipitó atropelladamente por las escaleras detrás de la rata, sin pensar en nada más y segura de que iba a ganar. Corría muy rápido…, demasiado rápido, como comprobó al llegar al final de un tramo: resbaló, se torció un pie y cayó de narices contra el descansillo de hormigón.

Se despellejó la rodilla izquierda, y la palma de la mano que había adelantado para evitar el golpe estaba llena de arañazos, en los que se había incrustado arenilla. Le dolía un poco, y sabía muy bien que enseguida le dolería mucho más. Se limpió la arena de la mano, se levantó y bajó a toda prisa hasta el pie de la escalera, aunque resultaba evidente que había perdido y que era demasiado tarde.

Buscó a la rata con la vista, pero se había ido llevándose la canica.

Le escocían los arañazos de la mano y sentía el gotear de la sangre que manaba de su rodilla y se escurría por la pernera rota del pijama. Esas heridas eran igual de horribles que las que se hizo el verano en que su madre retiró las ruedas auxiliares de la bicicleta. Pero aquel verano, a pesar de los cortes y los rasguños (tenía las rodillas llenas de costras), había disfrutado de una sensación de progreso: estaba aprendiendo algo, a hacer una cosa que no sabía. Y en ese momento, en cambio, no sentía más que la frialdad de la pérdida: les había fallado a los espíritus de los niños y a sus padres; había fracasado ante sí misma y ante todo.

Cerró los ojos deseando que la tragase la tierra.

Entonces oyó una tos.

Abrió los ojos y vio a la rata tirada sobre el sendero de ladrillos que había al pie de la escalera, con una expresión de sorpresa en la cara, que se hallaba a varios centímetros del resto del cuerpo. Tenía los bigotes tiesos, los ojos desmesuradamente abiertos, y los dientes al aire, amarillos y afilados. En su cuello brillaba un collar de sangre húmeda.

Junto a la rata decapitada estaba el gato con aire presumido y una pata sobre la canica de cristal gris.

—Creo que una vez te comenté —dijo el felino— que en circunstancias normales no me gustan las ratas. Pero me pareció que necesitabas ayuda. Espero que no te moleste mi intromisión.

—Me parece… —respondió Coraline, intentando recuperar el aliento—, me parece que… dijiste algo por el estilo.

El gato levantó la pata y la canica rodó hasta donde estaba la niña, que la agarró. La última voz susurró dentro de su cabeza, apremiante: «Le ha mentido. Ahora que usted está en su poder, nunca la dejará marchar. Preferirá renunciar a cualquiera de nosotros antes que cambiar de carácter». A Coraline se le erizó el pelo de la nuca porque sabía que la voz de la niña decía la verdad. Guardó la canica en el bolsillo de la bata, junto a las otras.

Ya tenía las tres canicas.

Sólo faltaba encontrar a sus padres.

Y Coraline comprendió, con sorpresa, que esa parte resultaba fácil. Sabía exactamente dónde estaban sus padres. Si se hubiese parado a pensar,

lo habría averiguado al principio. La otra madre no podía crear: sólo podía transformar, retorcer y cambiar.

La repisa de la chimenea del salón de su casa estaba vacía. Al recordar eso, recordó algo más.

—La otra madre. Sí, se propone romper su promesa. No nos dejará marchar —dijo Coraline.

—No me extrañaría nada tratándose de ella —reconoció el gato—. Como ya te dije, no creo que juegue limpio. —Entonces levantó la cabeza —. Mira…, ¿has visto eso?

—¿Qué?

—Mira detrás de ti —le sugirió el gato.

La casa se había aplastado aún más. Ya no parecía una fotografía, sino más bien un dibujo, un tosco garabato realizado a carboncillo sobre papel gris.

—Al margen de lo que ocurra —empezó Coraline—, gracias por ayudarme con la rata. Creo que estoy a punto de acabar, ¿no te parece? Piérdete en la niebla o en el lugar al que sueles ir, y yo… Bueno, confío en verte en mi casa, si ella me deja volver, claro.

Al animal se le puso el pelo de punta y se le erizó la cola como si fuese un cepillo de deshollinador.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó Coraline.

—Han desaparecido —respondió el gato—. Ya no están aquí. Las entradas y salidas de este lugar acaban de aplastarse.

—¿Y eso es malo?

El gato bajó la cola y la agitó enfadado. Del fondo de su garganta salió un profundo gruñido. Caminó en círculos hasta que se alejó de Coraline, y luego retrocedió de espaldas, muy tieso, pasito a pasito para restregarse contra una de las piernas de la niña. Al acariciarlo, ésta notó los fuertes latidos de su corazón. Estaba temblando como una hoja muerta en medio de una tormenta.

—No te pasará nada —le aseguró Coraline—. Todo va a salir bien. Te llevaré a casa. —El animal no dijo nada—. Vamos, gatito —lo animó Coraline dando un paso atrás para subir la escalera, pero el felino permaneció inmóvil; parecía infeliz y, curiosamente, mucho más pequeño

—. Si la única forma de salir de aquí es cruzándose con ella —le explicó Coraline—, lo haremos así.

Se agachó y tomó al gato en brazos. Éste no se resistió; se limitó a continuar temblando. La niña le sostenía la parte trasera con una mano, y el gato se ayudaba descansando las patas sobre los hombros de Coraline. Pesaba, pero no tanto como para no poder con él. Agradecido, el animal le lamió la palma de la mano, donde había sangre de los arañazos.

Coraline subió las escaleras que conducían a su casa peldaño a peldaño. Era consciente de que las canicas entrechocaban en su bolsillo, de que la piedra agujereada seguía allí y de que el gato se apretaba contra ella.

Llegó a la puerta de su casa, que se había convertido en el garabato de una puerta dibujado por un niño pequeño, y la empujó con la mano, esperando más bien que se rompiese y que detrás de ella no hubiese más que negrura y unas cuantas estrellas aquí y allá.

Pero la puerta se abrió de golpe, y Coraline entró.

11

Cuando entró en su casa o, mejor dicho, en aquella casa que no era verdaderamente la suya, Coraline se alegró de comprobar que no se había convertido en un dibujo vacío, como el resto del edificio. Había profundidad y sombras, y alguien que esperaba su regreso en la oscuridad.

—Has vuelto —dijo la otra madre con tono de descontento—, y has traído bichos.

—No —repuso la niña—. He traído a un amigo.

Notó que el gato se agarrotaba entre sus manos, como si estuviese deseando huir. Coraline quería abrazarlo como a un osito de peluche para darle confianza, pero sabía que a los gatos no les gusta nada que los aprieten, y sospechaba que un gato asustado tiende a morder y arañar si lo provocan, aunque esté de tu parte.

—Sabes que te quiero —afirmó la otra madre con voz monótona.

—Pues tienes una forma muy especial de demostrarlo —respondió Coraline.

A continuación fue al vestíbulo y entró en el salón con paso firme y seguro, fingiendo no sentir los ojos negros y vacíos de la mujer clavados en su espalda. Los solemnes muebles de su abuela seguían allí, y el extraño cuadro de las frutas colgaba de la pared; sin embargo, alguien se había comido la fruta, y lo único que quedaba en el cuenco era el corazón marrón de una manzana, varios huesos de ciruelas y melocotones, y el tallo de un racimo de uvas. La mesa con patas de león raspaba la alfombra con sus garras de madera, como si estuviese impaciente por algo. Al fondo de la habitación, en la esquina, se hallaba la puerta de madera que, en otro lugar, se abría y daba a una lisa pared de ladrillos. Coraline procuró no mirarla. Por la ventana no se distinguía más que niebla.

La niña sabía que había llegado la hora, el momento de la verdad, el instante de la solución.

La otra madre la había seguido: estaba en medio del salón, entre Coraline y la repisa de la chimenea, y miraba a la niña con sus ojos de botones negros. Coraline pensó que tenía gracia que la otra madre no se pareciese en absoluto a su verdadera madre, y se preguntó cómo la habría engañado para que viese el parecido. La otra madre era enorme (su cabeza casi rozaba el techo) y muy pálida, del color del vientre de una araña. Los cabellos se le retorcían y enroscaban alrededor de la cabeza, y tenía dientes afilados como cuchillos…

—¿Y bien? —le preguntó la mujer bruscamente—. ¿Dónde están?

Coraline se apoyó en un sillón, acomodó al gato con la mano izquierda, metió la derecha en el bolsillo y sacó las tres canicas de cristal. La otra madre alargó los dedos blancos para agarrarlas, pero la niña las volvió a guardar. Resultaba evidente que lo que había imaginado era cierto: la otra madre no tenía intención de dejarla marchar ni de cumplir su palabra. Todo había sido una diversión, nada más.

—Espera —le pidió Coraline—. Aún no hemos terminado, ¿verdad?

La mujer la fulminó con la mirada, pero después sonrió con dulzura.

—No —contestó—. Supongo que no. Al fin y al cabo, todavía has de encontrar a tus padres, ¿no?

—Sí —respondió Coraline. «No debo mirar la repisa de la chimenea —pensó—. Ni siquiera debo pensar en ella».

—De acuerdo —replicó la otra madre—. Encuéntralos. ¿No quieres volver a buscar en el sótano? Allí hay más cosas interesantes, ¿sabes?

—No. Sé dónde están mis padres.

El gato le pesaba en los brazos, así que lo movió hacia delante, desenganchándose las patas del hombro.

—¿Dónde?

—Es de sentido común. He mirado en todos tus escondrijos. No están en la casa.

La otra madre se mantuvo muy quieta, sin hacer el más mínimo gesto y con los labios firmemente apretados. Podría haber pasado por una estatua de cera; incluso su pelo había dejado de moverse.

—Así es —continuó Coraline, rodeando al gato estrechamente con las manos—. Se dónde se encuentran. Los has escondido en el pasillo que hay entre las casas, ¿verdad? Están detrás de esa puerta —afirmó, señalando con la cabeza la puerta del rincón.

La otra madre continuó inmóvil, aunque un amago de sonrisa se asomó a su rostro.

—De modo que están ahí, ¿eh?

—¿Por qué no abres la puerta? —le preguntó la niña—. Ya verás como están ahí.

Coraline sabía que era su única posibilidad de regresar a casa, pero todo dependía de la necesidad de autocomplacencia de la otra madre; de su ansia no sólo de ganar, sino de demostrar que había ganado.

La mujer deslizó una mano lentamente en el bolsillo del delantal y sacó la llave negra de hierro. El gato se removió incómodo en los brazos de Coraline, como si hubiese querido bajar al suelo. «Quédate ahí un momento —pensó la niña, preguntándose si el animal podría leer su pensamiento—. Iremos a casa. Te he dicho que iríamos. Lo he prometido». Entonces sintió que el felino se relajaba un poco.

La otra madre fue hasta la puerta, metió la llave en la cerradura y la giró.

Cuando Coraline oyó que el mecanismo hacía «clunc» con dificultad, comenzó a retroceder paso a paso, con el mayor sigilo, hasta la repisa de la chimenea.

La mujer empujó el pomo y abrió la puerta, tras la cual había un pasillo oscuro y vacío.

—Ahí —dijo, señalándolo con las manos. La expresión de alegría de su cara era difícil de soportar—. ¡Te has equivocado! En realidad no sabes dónde están tus padres, ¿verdad? No están ahí. —Se volvió y miró a Coraline—. Y ahora —continuó—, te vas a quedar aquí por siempre jamás.

—No —repuso la niña—. No me voy a quedar.

Y con todas sus fuerzas lanzó al gato sobre la otra madre. El animal aulló y aterrizó en la cabeza de la mujer agitando las garras y rechinando los dientes, feroz y enfadado. Con el pelo de punta casi parecía tan grande como en la vida real.

Sin esperar a ver qué sucedía, Coraline corrió hasta la repisa, se apoderó de la bola de cristal y se la guardó en el bolsillo de la bata.

El animal soltó un aullido profundo y ululante y hundió los dientes en la mejilla de la otra madre, que se revolvió. De los cortes de su pálida cara empezó a manar sangre, que no era roja, sino negra, espesa y alquitranada. Entonces Coraline corrió hacia la puerta y sacó la llave de la cerradura.

—¡Suéltala! ¡Vámonos! —le gritó al gato.

Éste emitió un silbido y, con sus garras afiladas como escalpelos, asestó un golpe brutal en la cara de la mujer, tras lo cual la negra sustancia comenzó a brotar de la nariz de la otra madre, que estaba surcada por numerosos tajos. El líquido salpicó a Coraline.

—¡Rápido! —le ordenó al gato.

El animal se reunió con ella corriendo, y ambos se adentraron en el oscuro corredor.

Allí hacía más frío, como cuando se baja al sótano un día caluroso. El gato dudó un momento, pero cuando vio que la otra madre iba hacia ellos, corrió al lado de Coraline y se detuvo junto a sus piernas.

La niña empezó a tirar de la puerta para cerrarla.

Era más pesada de lo que había supuesto, e intentar cerrarla le pareció como intentar cerrar una puerta contra la fuerza del viento. Entonces sintió que algo comenzaba a tirar desde el otro lado.

«¡Ciérrate!», rogó con el pensamiento. Luego dijo en voz alta:

—Venga, por favor.

Y notó que la puerta empezaba a moverse y a cerrarse oponiéndose a aquel viento fantasmal.

De pronto comprendió que en el pasillo había otras personas. No podía volver la cabeza para mirarlas, pero a pesar de eso sabía quiénes eran.

—Por favor, ayudadme —les suplicó—. Todos juntos.

Las otras personas que había allí, tres niños y dos adultos, eran casi inmateriales y no podían tocar la puerta. Pero sus manos rodearon las de ella mientras empujaba el gran pomo de hierro y, de repente, se sintió fuerte.

—¡No ceda nunca, señorita! ¡Aguante firme! ¡Aguante firme! —susurró una voz dentro de su cabeza.

—¡Empuja, chiquilla, empuja! —murmuró otra.

Y después, una voz que sonaba como la de su madre, su propia madre, su verdadera madre, maravillosa, exasperante, provocadora y magnífica, dijo:

—Bien hecho, Coraline.

Y aquello fue suficiente. La puerta comenzó a cerrarse con gran facilidad.

—¡No! —gritó desde el otro lado una voz que no sonaba ni remotamente humana.

Algo que se coló en el hueco que quedaba entre la puerta y las jambas agarró a Coraline. Esta sacudió la cabeza y se mantuvo a distancia, pero la puerta empezó a abrirse de nuevo.

—Nos vamos a casa —dijo la niña—. Nos vamos. Ayudadme. —Y tras pronunciar esas palabras se escabulló de los dedos que la retenían.

Entonces las manos fantasmales la traspasaron y le prestaron la fuerza que había perdido. Hubo un momento de resistencia final, como si algo quedase atrapado en la puerta, pero por fin ésta se cerró de golpe con estrépito.

Algo cayó al suelo desde un punto situado a la altura de la cabeza de Coraline, y se oyó una especie de porrazo.

—¡Vámonos! —exclamó el gato—. Éste no es buen lugar para quedarse. Rápido.

La niña giró y empezó a correr lo más rápido posible por el tenebroso corredor, tanteando la pared con una mano para asegurarse de que no tropezaba con algo o de que no daba vueltas en la oscuridad.

Había un tramo cuesta arriba que le pareció interminable. Al palpar la pared notó que era cálida y blanda, como si estuviese recubierta de una piel delicada y velluda, y que se movía como si respirase. Coraline apartó la mano.

El viento aullaba en la oscuridad.

Le horrorizaba chocar contra algo, así que se apoyó de nuevo en la pared, que se había vuelto caliente y húmeda. A la niña le dio la impresión de que había metido la mano en la boca de alguien, y la retiró con un gemido.

Los ojos se le habían acostumbrado ya a la oscuridad, de modo que entrevió, como si fuesen manchas brillantes, a dos adultos y a tres niños. También oía al gato, que se movía en las tinieblas sin hacer ruido.

Pero había algo más, que de pronto se escurrió entre los pies de Coraline y estuvo a punto de tirarla. La niña se sujetó antes de caer, aprovechando su propio impulso para seguir avanzando. Sabía que, si se caía, no podría levantarse. Fuese lo que fuese lo que había en aquel pasillo, era mucho más viejo que la otra madre, y era profundo, y lento, y sabía que ella estaba allí…

Entonces apareció la luz del día y Coraline corrió hacia ella casi sin resuello. «Ya hemos llegado», se dijo para darse ánimos, pero entonces descubrió que los fantasmas se habían ido y que estaba sola. No tenía tiempo para pensar en qué podía haberles sucedido. Tomó aliento, cruzó la puerta tambaleándose y la cerró de golpe con el portazo más ruidoso y gratificante del mundo.

Coraline echó la llave y se la guardó en el bolsillo.

El gato estaba acurrucado en el rincón más distante de la habitación, con los ojos muy abiertos, enseñando la rosada punta de la lengua. Coraline se acercó a él y se agachó.

—Lo siento —dijo—. Siento haberte lanzado sobre ella, pero era la única forma de distraerla para que nos dejase marchar. Nunca habría cumplido su palabra, ¿verdad?

El gato la miró, apoyó la cabeza en su mano y le lamió los dedos con la lengua, que parecía papel de lija. Finalmente, se puso a ronronear.

—Entonces, ¿somos amigos? —le preguntó Coraline.

Se sentó en uno de los incómodos sillones de su abuela, y el gato se arrellanó en su regazo. La luz que entraba por la ventana era la luz del día, la luz real y dorada del atardecer, no un resplandor de niebla blanca. El cielo era azul como el huevo de un petirrojo, y Coraline vio árboles y, más allá, colinas verdes que se fundían en un horizonte de tonos morados y grises. El cielo nunca le había parecido tan cielo, y el mundo jamás había sido tan mundo.

Coraline contempló las hojas de los árboles y las luces y sombras que se dibujaban sobre la corteza agrietada del haya que estaba junto a la ventana.

Bajó la vista a su regazo y admiró el brillo que la luz del sol arrancaba al pelaje del gato, convirtiendo en oro sus blancos bigotes.

Pensó que nunca había visto nada tan fascinante.

Y, atrapada en las fascinaciones del mundo, sin darse cuenta se fue retorciendo hasta acurrucarse como un gato en el incómodo sillón de su abuela, y no se percató de que caía en un sopor profundo y desprovisto de sueños.

12

La madre de Coraline la sacudió con suavidad para despertarla.

—¿Coraline? —dijo—. Cielo, vaya sitio que has escogido para dormir. Esta habitación está de adorno, nada más. Te hemos buscado por toda la casa.

La niña se estiró y parpadeó.

—Lo siento —se disculpó—. Me he quedado dormida.

—Ya lo veo —repuso su madre—. ¿Y de dónde diablos ha salido el gato? Cuando he llegado estaba esperando delante de la puerta principal, y cuando la he abierto ha salido corriendo como un rayo.

—Seguramente tenía cosas que hacer —replicó Coraline.

Luego abrazó a su madre con tanta fuerza que le dolieron los brazos. Su madre le devolvió el abrazo y le dijo:

—La comida estará dentro de quince minutos. No te olvides de lavarte las manos. ¡Fíjate en los pantalones del pijama! ¿Qué te ha pasado en la rodilla?

—He tropezado —respondió Coraline, que después entró en el cuarto de baño: entonces se lavó las manos, se limpió la sangre de la rodilla y aplicó pomada sobre los cortes y arañazos.

Luego fue a su dormitorio, su dormitorio real, el verdadero. Metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó tres canicas, una piedra con un agujero en medio, una llave negra y una bola de cristal vacía.

La agitó y contempló el remolino de nieve reluciente que flotaba en el agua y llenaba aquel mundo desierto. Dejó de moverla y vio cómo la nieve caía sobre el lugar que en otro tiempo había ocupado una diminuta pareja.

A continuación, Coraline encontró un pedazo de cuerda en la caja de los juguetes; ensartó en él la llave negra, hizo un nudo y se colgó el cordón al

cuello.

—Ya está —dijo.

Se vistió y escondió la llave debajo de la camiseta. La sintió fría sobre la piel. Después se guardó la piedra en un bolsillo.

Luego Coraline se dirigió al vestíbulo y entró en el despacho de su padre. Estaba de espaldas, pero la niña sabía, sólo con mirarlo, que cuando se girase, vería los amables ojos grises de su padre. Se acercó a él con mucha cautela y le dio un beso en la parte posterior de la cabeza, que comenzaba a quedarse calva.

—Hola, Coraline —la saludó el hombre. Luego miró a su alrededor y le sonrió—. ¿Y esto a qué viene?

—A nada —contestó Coraline—. A veces te echo de menos, eso es todo.

—¡Qué bien! —comentó él.

Suspendió el trabajo que estaba haciendo en el ordenador, se levantó y, sin previo aviso, tomó a Coraline en brazos, cosa que había dejado de hacer tiempo atrás, cuando le había explicado a su hija que era demasiado mayor para que la llevasen en brazos. Entonces la condujo a la cocina.

Esa noche tenían pizza para cenar, y aunque la había hecho su padre (por eso la base estaba gruesa, pastosa y cruda por unas partes, y demasiado fina y requemada por otras) y le había puesto rodajas de pimiento verde, albondiguillas y, para colmo, trocitos de piña, Coraline se comió su ración entera.

Bueno, se lo comió todo excepto los trozos de piña.

Cuando acabaron ya era hora de acostarse.

Coraline se dejó la llave colgada del cuello, puso las canicas grises debajo de la almohada, y soñó.

Se encontraba en un prado verde, sentada bajo un viejo roble, disfrutando de una merienda campestre. El sol brillaba en lo más alto del cielo: en el horizonte se veían nubes blancas y plumosas, pero sobre su cabeza el firmamento era profundamente azul y tranquilo.

Sobre la hierba se hallaba extendido un mantel blanco con cuencos en los que había montañas de comida: ensaladas y bocadillos, fruta y nueces, jarras de limonada, de agua y de chocolate con leche bien espeso. Coraline

estaba sentada a un lado del mantel, y los otros los ocupaban tres niños que iban vestidos con ropas muy raras.

El más pequeño, sentado a la izquierda de Coraline, era un niño que llevaba bombachos de terciopelo rojo y una camisa blanca con volantes. Tenía la cara sucia y estaba llenando su plato hasta los topes con patatas nuevas cocidas y lo que parecía una trucha asada.

—Esta merienda es de lo más agradable, señora —le dijo.

—Sí —afirmó Coraline—. Estoy de acuerdo. Me pregunto quién la habrá organizado.

—¡Vaya!, sospecho que ha sido usted, señorita —intervino una niña alta que estaba sentada frente a Coraline. Llevaba un vestido marrón de formas poco definidas, y una boina del mismo color que se ataba bajo la barbilla—. Y estamos tan agradecidos por esto y por todo lo demás, que no lo podemos expresar con palabras.

Comía pan con mermelada: con un enorme cuchillo cortaba hábilmente rebanadas de pan de una gran hogaza dorada, y luego las untaba de mermelada morada con una cuchara de madera. Tenía mermelada alrededor de la boca.

—Sí. Ésta es la mejor comida que pruebo desde hace siglos —afirmó la niña que estaba a la derecha de Coraline.

Era muy pálida, su ropa parecía hecha de telarañas, y llevaba una especie de diadema de plata reluciente sobre los rubios cabellos. Coraline habría jurado que de la espalda de la niña salían dos alas: como las alas de una mariposa de plata cubierta de polvo, no como las de los pájaros. Tenía el plato lleno de hermosas flores. Sonrió a Coraline como si hubiese pasado mucho tiempo desde la última vez que había sonreído y casi se hubiese olvidado de hacerlo. A Coraline le cayó muy bien.

Después, la merienda se acabó y se dedicaron a jugar en el prado: corrían, chillaban y se lanzaban unos a otros una pelota resplandeciente. Coraline comprendió entonces que se trataba de un sueño, porque nadie se cansaba ni se quedaba sin aliento, y ella ni siquiera sudaba. Todos se reían y participaban en un juego que era una mezcla de saltos, pilla pilla y balón prisionero.

Mientras los tres corrían por el campo, la niña pálida revoloteaba sobre sus cabezas, lanzándose en picado para agarrar el balón y subiendo de nuevo antes de tirárselo a otro niño.

Y luego, sin que nadie dijese nada, se acabó el juego y los cuatro volvieron al mantel: alguien había retirado los platos de la comida, y los esperaban cuatro cuencos, tres con helados y uno atiborrado de madreselvas.

Comieron con apetito.

—Gracias por venir a mi fiesta —dijo Coraline—, si es que es mi fiesta.

—El placer ha sido nuestro, Coraline Jones —repuso la niña con alas, mordisqueando otra madreselva—. ¡Si pudiéramos hacer algo por usted, para agradecérselo y recompensarla!…

—Desde luego —apuntó el niño con los bombachos de terciopelo rojo y la cara sucia.

Extendió las manos y tomó una de las de Coraline entre las suyas, que en aquel momento resultaban cálidas.

—Lo que ha hecho por nosotros es muy bonito, señorita —dijo la chica alta con los labios manchados de helado de chocolate.

—Me alegro de que todo haya terminado —repuso Coraline.

¿Fue producto de su imaginación, o una sombra nubló los rostros de los niños?

La niña con alas, cuya diadema resplandecía como una estrella, posó los dedos un instante sobre el dorso de la mano de Coraline.

—Todo ha terminado para nosotros —afirmó—. Ésta es una escala. Desde aquí partiremos hacia tierras desconocidas, y ningún ser vivo sabe qué ocurrirá después… —Se calló.

—Hay un pero, ¿verdad? —preguntó Coraline—. Puedo sentirlo, como un nubarrón.

El niño de la izquierda intentó sonreír animadamente, pero su labio inferior comenzó a temblar, de modo que se lo mordió y no dijo nada. La niña de la boina marrón se movió incómoda y respondió:

—Sí, señorita.

—Pero os he traído de vuelta —dijo Coraline—. He recuperado a mis padres. Y cerré la puerta con llave. ¿Qué más tengo que hacer? —El niño

apretó la mano de Coraline, que se acordó de que ella había hecho lo mismo para infundirle valor cuando él no era más que un frío recuerdo en la oscuridad—. Bueno, ¿no podéis darme una pista? ¿No vais a decirme nada?

—La vieja bruja lo juró por su mano derecha —dijo la chica alta—, pero mintió.

—M-mi institutriz —tartamudeó el niño— decía que a nadie le imponen una carga mayor de la que puede aguantar. —Y al decir eso se encogió, como si aún no hubiese decidido si esa afirmación era cierta o no.

—Le deseamos suerte —declaró la niña con alas—. Buena suerte, sabiduría y valor…, aunque ya ha demostrado con creces que posee esas tres bendiciones.

—Ella la odia —dijo el niño de sopetón—. Nunca ha renunciado a nada durante tanto tiempo. Sea cuidadosa. Tenga valor. Haga trampas.

—Pero eso no es juego limpio —se quejó Coraline en sueños, enfadada —. No, no es jugar limpio. Todo debería haber terminado ya.

El niño de la cara sucia se levantó y abrazó a Coraline.

—Que esto le sirva de consuelo —susurró—. Está usted viva. Está viva de verdad.

En el sueño Coraline observó que se había puesto el sol y que en el cielo del atardecer brillaban las estrellas.

Coraline se quedó en el prado contemplando cómo se alejaban los tres niños (dos a pie y una volando) a través de la hierba, que aparecía plateada bajo el resplandor de la enorme luna.

Cuando llegaron a un puentecito de madera que cruzaba un arroyo, se detuvieron, se dieron la vuelta y se despidieron con la mano de Coraline, quien les devolvió el gesto.

Y a continuación se hizo la oscuridad.

Coraline se despertó muy temprano, convencida de que había oído moverse algo que no podía identificar.

Esperó.

Oyó una especie de crujido al otro lado de la puerta de su habitación, y se preguntó si sería una rata. La puerta vibró y la niña saltó de la cama.

—Vete —dijo Coraline con dureza—. Vete o te arrepentirás.

Hubo una pausa, y luego, lo que fuese se escabulló hacia el vestíbulo. Sus pisadas, si realmente lo eran, sonaban de forma extraña e irregular. A Coraline se le ocurrió que podría tratarse de una rata con una pata de más…

«No se ha terminado, ¿no?», se dijo a sí misma.

Después abrió la puerta. La luz gris que precede al amanecer le permitió ver todo el pasillo, que estaba completamente vacío.

Fue a la puerta principal y dedicó una mirada fugaz al espejo que colgaba en el fondo del vestíbulo: sólo vio su propia cara pálida mirándose a sí misma con aire adormilado y serio. Unos ronquidos suaves y tranquilizadores surgían del dormitorio de sus padres, aunque la puerta estaba cerrada, como todas las que daban al pasillo. Lo que crujía tenía que estar allí, en alguna parte.

Coraline abrió la puerta principal y observó el cielo gris. Se preguntó cuánto faltaba para que amaneciese, y si el sueño había sido real, aunque en el fondo sabía que sí. Entonces algo que había confundido con las sombras salió de debajo del sofá del vestíbulo: unas piernas largas y blancas dieron un salto demencial y confuso en dirección a la puerta de la calle.

Coraline, boquiabierta de horror, se quitó de en medio cuando la cosa se escurrió ante ella pegando chasquidos para salir de la casa. Corría como un cangrejo con demasiados pies, que, apresurados, golpeaban y tecleaban el suelo.

Sabía lo que era y sabía qué llegaría a continuación. La había visto demasiadas veces en los últimos días: era la que agarraba, apretaba, reventaba e introducía los escarabajos negros en la boca de la otra madre. Tenía cinco patas, las uñas carmesíes y la piel del color del hueso.

Era la mano derecha de la otra madre.

Quería la llave negra.

13

Los padres de Coraline no dieron muestras de recordar nada sobre el tiempo que habían pasado en la bola de cristal. Al menos nunca dijeron nada sobre el asunto, y la niña jamás lo mencionó.

A veces se preguntaba si habrían notado que habían perdido dos días de existencia en el mundo real, hasta que llegó a la conclusión de que no eran conscientes de ello. Además, hay personas que llevan la cuenta de lo que ocurre todos los días y a todas horas, y personas que no, y los padres de Coraline pertenecían al segundo grupo, sin la menor duda.

Coraline había puesto las canicas debajo de la almohada antes de dormir en su verdadera habitación por primera vez tras su regreso a casa. Después de ver la mano de la otra madre, volvió a la cama, aunque ya faltaba poco para levantarse, y apoyó la cabeza en la almohada.

Al hacerlo, sintió como si algo se aplastase.

Se incorporó y levantó la almohada. Los fragmentos de las canicas de cristal parecían las cascaras de huevo que hay en primavera debajo de los árboles: huevos rotos y vacíos de petirrojo, o mejor, huevos de reyezuelo, que son más frágiles.

Lo que había dentro de las bolitas se había marchado. Coraline se acordó de los tres niños que le decían adiós con la mano bajo la luz de la luna, antes de cruzar el arroyo plateado.

Recogió los pedacitos con mucho cuidado y los guardó en una cajita azul. Cuando era pequeña, su abuela le había regalado una pulsera que iba en aquella cajita. La pulsera se había perdido tiempo atrás, pero había quedado la caja.

La señorita Spink y la señorita Forcible habían regresado de visitar a la sobrina de la señorita Spink, y Coraline bajó a su casa a tomar el té. Era

lunes. El miércoles la niña volvería al colegio para comenzar un nuevo curso.

La señorita Forcible se empeñó en leerle a Coraline las hojas de té.

—Bueno, parece que todo va a pedir de boca, cielo —dijo la señorita Forcible.

—¿Cómo? —se asombró Coraline.

—Que todo marcha sobre ruedas —le aclaró la señorita Forcible—. Bueno, casi todo. No estoy muy segura de qué es esto —añadió señalando un montoncito de hojas de té pegadas a un lado de la taza.

La señorita Spink chasqueó la lengua con fastidio y reclamó la taza.

—Por Dios, Miriam. Trae aquí. Déjame ver…

Parpadeó tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Oh, querida. No, yo tampoco sé qué significa. Casi parece una mano.

Coraline miró: el montoncito de hojas se parecía un poco a una mano que buscase algo.

Hamish, el terrier escocés, se había escondido debajo de la silla de la señorita Forcible y no quería salir de allí.

—Creo que se ha metido en alguna pelea —observó la señorita Spink —. El pobrecito tiene un profundo tajo en el costado. Después lo vamos a llevar al veterinario. Me gustaría saber quién se lo ha hecho.

En ese momento Coraline supo que había que tomar medidas.

Durante la última semana de vacaciones el tiempo fue magnífico, como si el verano, antes de que se acabara, hubiese intentado compensar el mal tiempo anterior con unos cuantos días luminosos y estupendos.

El viejo loco del piso de arriba llamó a Coraline cuando la vio salir de la casa de las señoritas Spink y Forcible.

—¡Hola! ¡Oye! ¡Tú! ¡Caroline! —gritó inclinándose sobre la barandilla.

—Soy Coraline —lo corrigió—. ¿Cómo están los ratones?

—Algo los ha asustado —comentó el anciano mientras se rascaba el bigote—. Tal vez haya una comadreja en la casa. Hay un no sé qué: lo oí por la noche. En mi país es costumbre poner trampas, como un trozo de carne o una hamburguesa, y cuando la criatura va a darse el banquete, entonces…, ¡zas!, queda atrapada y no molesta más. Los ratones están tan

aterrorizados que ni siquiera se atreven a sacar sus pequeños instrumentos musicales.

—No creo que quiera carne —repuso la niña. Levantó una mano y tocó la llave negra que colgaba de su cuello. Luego entró en su piso.

Se bañó con la llave alrededor del cuello. No se la quitaba nunca.

Después de acostarse, oyó arañazos en la ventana de su habitación. Coraline estaba medio dormida, pero saltó de la cama y descorrió las cortinas. En ese instante, una mano blanca con uñas carmesíes saltó desde el alféizar hasta una cañería e inmediatamente se perdió en la noche. El cristal del otro lado de la ventana tenía profundas estrías.

Esa noche Coraline durmió inquieta, despertándose de vez en cuando para maquinar, hacer planes y reflexionar. Al poco rato, volvía a dormirse sin saber muy bien dónde terminaban los pensamientos y empezaban los sueños, con el oído alerta por si percibía ruido de arañazos en el cristal de la ventana o en la puerta de la habitación.

Por la mañana le dijo a su madre:

—Hoy voy a hacer una merienda campestre con mis muñecas. ¿Me puedes dejar una sábana, una vieja que no sirva para nada, para usarla de mantel?

—No creo que tengamos ninguna —respondió su madre. Abrió el cajón de la cocina en el que guardaba las servilletas y los manteles y rebuscó en su interior—. Mira. ¿Te vale esto?

Era un mantel de papel desechable, doblado y pintado con flores rojas, que había sobrado de una merienda celebrada años atrás.

—Es perfecto —afirmó Coraline.

—Creía que ya no jugabas con muñecas —comentó la señora Jones.

—Y no juego —admitió su hija—. Son mi coloración protectora.

—Ya, vuelve a tiempo de comer, ¿eh? —le recomendó su madre—. Y pásalo bien.

Coraline metía las muñecas y unas tacitas de té de plástico en una caja de cartón, y llenó una jarra de agua.

Luego salió. Fue hasta la carretera, como si se dirigiese a las tiendas. Antes de llegar al supermercado, cruzó una valla y atajó por una especie de

descampado y un antiguo camino, y después se arrastró por debajo de un seto, cosa que tuvo que hacer en dos etapas para no tirar el agua de la jarra.

Era un trayecto lleno de curvas y rodeos, pero a Coraline le convenía, pues nadie la había seguido.

Al fin desembocó detrás de la antigua cancha de tenis. La cruzó para dirigirse al prado en el que ondeaba la hierba, y encontró las tablas del pozo en un extremo. Eran increíblemente pesadas, demasiado para que una niña las levantase, incluso empleando toda su energía, pero se las arregló para hacerlo. No tenía otra opción. Las retiró una a una, sudando y gruñendo a causa del esfuerzo, hasta que en la tierra quedó al descubierto un profundo agujero redondo y revestido de ladrillos que olía a humedad y a negrura. Los ladrillos estaban resbaladizos por el verdín.

Extendió el mantel justamente encima del pozo. Colocó las tacitas de juguete separándolas unos treinta centímetros, más o menos, y las llenó con agua de la jarra.

Sobre la hierba, junto a cada taza, puso una muñeca, procurando que aquello se pareciese lo más posible a una merienda de muñecas. Después volvió sobre sus pasos: se deslizó por debajo del seto, recorrió el antiguo camino, bordeó la parte posterior de las tiendas y entró en la casa.

Tocó la llave que llevaba colgada del cuello y la dejó al descubierto, como si le gustase juguetear con ella. Luego llamó a la puerta de la señorita Spink y la señorita Forcible.

Abrió la puerta la primera.

—Hola, cariño —la saludó.

—No voy a entrar —anunció Coraline—. Sólo quiero saber cómo se encuentra *Hamish*.

La señorita Spink suspiró.

—El veterinario dice que *Hamish* es un soldadito valiente —le contó—. Afortunadamente, la herida no se ha infectado. No podemos entender qué le pudo hacer algo así. El veterinario piensa que tal vez se trata de algún animal, aunque no tiene idea de cuál, y el señor Bobo opina que podría ser una comadreja.

—¿El señor Bobo?

—El hombre del ático. El señor Bobo. Creo que pertenece a una antigua y conocida familia del mundo del circo. Me parece que es rumano, esloveno, letón o de uno de esos países. ¡Vaya por Dios!, no soy capaz de distinguirlos.

A Coraline nunca se le había ocurrido que el excéntrico anciano del piso de arriba tuviese nombre. Si hubiera sabido que se llamaba señor Bobo, lo habría nombrado a la menor oportunidad. ¿Cuántas ocasiones hay de decir en voz alta un nombre como señor Bobo?

—Oh… —repuso Coraline—. El señor Bobo, claro. —Y continuó un poco más alto—: Voy a jugar con mis muñecas en la parte trasera de la cancha de tenis.

—¡Qué bien, cariño! —comentó la señorita Spink, que añadió en tono confidencial—: Procura tener mucho cuidado con el viejo pozo. El señor Lovat, que vivió aquí antes que tú, decía que bien podría tener un kilómetro y medio o más de profundidad.

La niña confiaba en que la mano no hubiese escuchado eso último, y cambió de tema.

—¿Esta llave? —dijo a pleno pulmón—. Oh, sólo es una llave antigua que apareció en casa. Forma parte de mi juego, por eso la llevo colgando de este cordón. Bueno, me voy, adiós.

«¡Qué niña tan rara!», pensó la señorita Spink tras cerrar la puerta.

Coraline deambuló por el prado hasta que llegó a la desvencijada cancha de tenis. La llave negra se bamboleaba cuando caminaba.

Varias veces creyó ver algo de color hueso entre los matorrales: seguía su paso a unos quinientos metros de distancia.

Intentó silbar, pero no se le ocurrió nada, así que decidió cantar en voz alta: escogió una canción que su padre había compuesto para ella cuando era un bebé, y que siempre la hacía reír. Decía así:

Oh, mi brujita nerviosa,
creo que eres preciosa.
Te doy gachas de avena
y montañas de helado de crema.
Te doy muchos besos

y te colmo de abrazos,
pero no te doy bocadillos
que tengan gusanos.

Eso era lo que cantaba mientras vagaba entre los árboles con una voz que apenas le temblaba.

La merienda de las muñecas estaba tal y como la había dejado. Menos mal que no había viento y que todo permanecía en su sitio: las tacitas de plástico llenas de agua sujetaban el mantel de papel como si estuviesen hechas para aquello. Coraline respiró aliviada.

Entonces empezaba la parte más difícil.

—¡Hola, muñecas! —exclamó entusiasmada—. ¡Es hora de merendar! —Se acercó al mantel—. He traído la llave de la suerte —les dijo— para que tengamos una buena merienda.

Después, con el mayor cuidado, se inclinó sobre el mantel y muy suavemente puso la llave encima. Seguía colgando del cordón. Contuvo la respiración para que las tazas que estaban en los bordes sujetasen el mantel y el peso de la llave no las arrastrase al interior del pozo.

La llave se encontraba en medio del mantel. Coraline retiró el cordón y dio un paso atrás. Todo estaba bajo control.

Se volvió hacia las muñecas.

—¿Quién quiere un pedazo de pastel de cereza? —preguntó—. *¿Jemima? ¿Pinky? ¿Primrose?*

Y sirvió una porción de pastel invisible en un plato imaginario a cada muñeca, sin dejar de parlotear alegremente. Con el rabillo del ojo vio algo de color hueso que se escondía tras los árboles, acercándose cada vez más, y se obligó a no mirarlo.

—¡*Jemima!* —exclamó la niña—. ¡Qué mala eres! ¡Has tirado el pastel! ¡Ahora tendré que servirte otro pedazo!

Aprovechó ese momento para rodear el mantel y colocarse de frente, y fingió que recogía el pastel desperdiciado y le servía otra porción a *Jemima*.

Entonces la mano se acercó a brincos. Corriendo sobre las yemas de los dedos, se escurrió entre la hierba crecida y se encaramó a un tronco. Se quedó allí un instante, como si fuese un cangrejo tomando aire, y de pronto

chasqueó las uñas y dio un salto espectacular hasta el centro del mantel, justo encima del pozo.

A Coraline le pareció que el tiempo pasaba muy lentamente. Los dedos blancos agarraron la llave negra…

Y luego las tazas de juguete saltaron por los aires a causa del peso y el impulso de la mano, y el mantel, la llave y la mano derecha de la otra madre cayeron en las tinieblas del pozo.

Coraline contó despacio calladamente. Cuando llegó a cuarenta, oyó un chapoteo sordo que procedía de muy abajo.

Le habían dicho una vez que si se mira el cielo desde el pozo de una mina, se ve un firmamento nocturno plagado de estrellas, aunque sea de día y reine la luz. La niña se preguntó si la mano vería estrellas desde allí abajo.

Arrastró las pesadas tablas y tapó el pozo con mucho cuidado. No quería que cayese nada dentro, y tampoco que saliese nada.

Mientras guardaba las muñecas y las tazas en la caja, algo le llamó la atención y, al levantarse, descubrió que el gato iba a su encuentro y hacía un signo de interrogación con el extremo de la cola. Llevaba varios días sin verlo, desde que habían regresado juntos de la casa de la otra madre.

El animal se acercó, se encaramó sobre las tablas que cubrían el pozo, y le guiñó un ojo. A continuación, saltó a la hierba, se puso boca arriba y se contoneó en una especie de éxtasis.

Coraline le hizo cosquillas y le rascó el suave pelaje de la barriga, y el gato ronroneó complacido. Cuando se consideró satisfecho, se puso en pie y se dirigió hacia la cancha de tenis, como si fuese un pedacito de noche bajo el sol del mediodía.

La niña volvió a casa.

El señor Bobo, que la esperaba en la entrada, le dio una palmadita en un hombro.

—Los ratones dicen que todo está bien —comentó—. Dicen que eres nuestra salvadora, Caroline.

—Me llamo Coraline, señor Bobo —lo corrigió ella—. Caroline no. Coraline.

—Coraline. —El señor Bobo repitió el nombre con asombro y respeto —. Muy bien, Coraline. Los ratones me han encargado que te diga que

cuando estén preparados para tocar en público, tienes que subir y ser su primera espectadora. Van a tocar «tumpi, tumpi» y «turururu», y a bailar y a hacer un montón de trucos. Eso es lo que dicen.

—Me encantaría verlos cuando estén listos —respondió Coraline.

Luego llamó a la puerta de la señorita Spink y la señorita Forcible. La primera la invitó a pasar y Coraline entró en la salita. Dejó la caja de las muñecas en el suelo, metió una mano en el bolsillo y sacó la piedra agujereada.

—¡Aquí tiene! —exclamó—. Ya no la necesito. Le estoy muy agradecida. Creo que me ha salvado la vida, y además salvó de la muerte a otras personas.

Abrazó con fuerza a las dos mujeres, aunque sus brazos no podían rodear bien a la señorita Spink, y la señorita Forcible olía a ajos crudos. Después Coraline recogió la caja y se fue.

—¡Qué niña tan rara! —exclamó la señorita Spink. Nadie la había abrazado de esa forma desde que se había retirado del teatro.

Esa noche Coraline se tumbó en la cama después de bañarse y cepillarse los dientes, y se puso a mirar el techo con los ojos muy abiertos.

Hacía bastante calor, y como la mano se había ido, abrió de par en par la ventana de su habitación. Le había pedido a su padre que no echase del todo las cortinas.

Su nuevo uniforme escolar estaba cuidadosamente colocado sobre la silla para que se lo pusiera al levantarse.

Por lo general, en la noche previa al primer día del curso Coraline se sentía inquieta y nerviosa. Pero entonces comprendió que nunca volvería a darle miedo nada relacionado con el colegio.

Le pareció que el aire de la noche le llevaba una música celestial: el tipo de música que sólo se interpreta con diminutos trombones, trompetas y fagots de plata, con flautines y tubas tan pequeños y frágiles que sus botones sólo los pueden tocar los rosados deditos de los ratones blancos.

Coraline se imaginó que regresaba al sueño en que jugaba con las dos niñas y el niño, y sonrió.

Cuando asomaron las primeras estrellas, Coraline se durmió definitivamente mientras la suave música del circo de ratones invadía el aire cálido del anochecer, anunciándole al mundo que el verano casi había terminado.

RATORQUESTA
DEL SEÑOR BOBO

NEIL GAIMAN es un autor unánimemente reconocido por la crítica y ganador de numerosos galardones, entre los que destacan el Premio Mundial de Fantasía y el Premio Bram Stoker. Creador de la antología de relatos cortos titulada *Humo y espejos*, y del famoso libro infantil *El día que cambié a mi padre por dos peces de colores*, así como la serie de cómics protagonizada por Sandman, *Coraline* es su primera obra dedicada exclusivamente al público juvenil.